



Memorabilia

• Clínica • Nuestro tiempo • Arte y cultura • Cine •



Vol. 4 no. 6 (2022)
Enero - Junio



EDITORIAL



JUNTA DIRECTIVA

Presidente

Araceli Zamora Santillán

Secretaria

Ma. Alejandra de la Garza Walliser

Tesorera

Cara Yáñez Contreras

COMITÉ EDITORIAL

Elia Gloria Arriaga Bayardi

Leticia Flores Flores

Ma. Antonia Reyes Arellano

José Gerónimo Sáenz Ruvalcaba

DISEÑO EDITORIAL

Cesar Edgardo Medina Castañeda

COLABORADORES

Miembros asociados, adscritos, formandos y egresados del Círculo Psicoanalítico Mexicano

CÍRCULO, Vol. 4 No.6, enero - junio 2022, es una publicación semestral editada por el Círculo Psicoanalítico Mexicano A.C. Calle Parral no.73, colonia Condesa, Alcaldía Álvaro Obregón, CdMx, CP 06140, Tel. 5552118763. Página electrónica www.cpmac.org, dirección de correo: cpmac@cpmac.org. Editor responsable: José Luis González Fernández. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título No. 04-2021-083008083500-01, ISSN en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización: Cesar Edgardo Medina Castañeda, CPM centro regional San Luis Potosí, Ignacio Comonfort no.730, colonia Centro, CP 78000, SLP. Fecha de última modificación: 29 de julio del 2022. Correo electrónico: revistacirculo@cpmac.org.

Las opiniones expresadas por los autores son responsabilidad de quienes las escriben y no necesariamente reflejan la postura de la revista Círculo. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de esta publicación sin previa autorización del Círculo Psicoanalítico Mexicano.

Es un gusto para mí presentar este sexto número de *Círculo* Revista de psicoanálisis del Círculo Psicoanalítico Mexicano, y comprobar a través de su lectura, la seriedad, la calidad y el valor que esta publicación sigue conservando gracias a la participación de nuestros colegas, miembros asociados, adscritos y formandos que con sus brillantes trabajos han sostenido este esfuerzo realizado por la comisión editorial y por el excelente grupo de colaboradores a cargo de nuestra revista lo que resulta muy gratificante para todos los miembros de la asociación y para nuestros lectores.

Dentro de las secciones que componen la revista denominadas: Clínica, Nuestro tiempo, Arte y cultura, Cine y Memorabilia nuestros colegas autores han presentado los siguientes excelentes trabajos:

Analizar (se) para analizar. Berenice Ascencio, Alejandro Nieto y Aureliano Castillo como resultado de su seminario “Como se forma un psicoanalista” abordan el tema: Analizar (se) para analizar. Un cadáver exquisito: “Lo que yace ahora en este ensayo es, pues, resultado de una suerte de cadáver exquisito (juego surrealista de escritura a varias manos); un solo texto, pero escrito — estrictamente— por tres personas distintas. Las asociaciones gestadas a partir de la lectura del texto recibido, emulan una suerte de autoanálisis, una estancia en otro tipo de diván; un intercambio epistolar fértil, donde la problemática elegida (el papel del análisis propio en la formación como psicoanalistas), fue desarrollada desde tres puntos de vista, resignificados en uno solo.”

Puntualizaciones sobre el sentido y forma de la investigación psicoanalítica. Interesantes reflexiones y observaciones que sobre el tema realiza Cesar Edgardo Medina Castañeda, empezando con el cuestionamiento ¿El psicoanálisis es o no una disciplina científica? Considerando la propuesta de que el psicoanálisis no es solamente una institución surgida en la cultura occidental, sino que es una revolucionaria y subversiva disciplina con vocación científica, plantea que esta acepción del psicoanálisis



supone el sentido de esa vocación científica, como un llamado a que el psicoanálisis se aproxime, pero sin constreñirse, a los procedimientos y formas de lo que se entiende por ciencia.

La figura del seminario y la lectura en la formación del candidato a psicoanalista. En su artículo, José Refugio Velasco García se cuestiona acerca de la importancia que tiene el seminario en el trípode que constituye la formación de un psicoanalista. Haciendo una reflexión acerca de los conceptos de seminario y candidato y su implicación en el contexto de la historia del psicoanálisis en las diferentes instituciones. Se plantea una serie de cuestiones acerca de los coordinadores de seminarios, ¿Quién coordina un seminario ocupa el lugar de docente? ¿Un seminario de psicoanálisis puede ser equivalente a una clase? Al ir planteando estas preguntas muchas se dan cita aquí: ¿Por qué se le denomina seminario a ese espacio de encuentro con el saber psicoanalítico? ¿En México cuál es el origen de los seminarios psicoanalíticos? ¿Qué argumentaciones llevaron a denominarlos así en otras partes?

Verdades y verdades. Luis Carlos Vázquez Vidrio hace una interesante reflexión acerca de los conceptos verdad y mentira, ficción y realidad, tomando como base dos situaciones, una acerca de la teoría que se dice acerca del atentado de las Torres Gemelas de donde se desprende una acusación implícita que se formula al gobierno de Estados Unidos: éste miente para ocultar un secreto que él sabe y que oculta a los demás. Lo que recuerda al secreto que Freud apunta esconde un criminal, y la otra que concierne al secreto del histérico que este no sabe y se oculta a si mismo

Pautas para pensar la localización del analista. Reflexiones a partir del libro Localización del analista de Manuel Hernández. María Alejandra de la Garza y Raquel Aguilar, hacen una presentación del libro de Manuel Hernández titulado “Localización del analista”, (la formación psicoanalítica de Freud a Lacan), en donde hacen una magnífica reflexión acerca de la temática allí presentada. Resaltando la manera tan fina

en la que el autor va tejiendo un tema central de nuestro oficio: la tan comúnmente llamada formación del psicoanalista, cómo se hace alguien psicoanalista, señalando la importancia del análisis de quien vaya a ocupar el lugar y cumplir la función de psicoanalista. Hace tiempo Manuel hablaba de transformación del analista y ahora se trata de “localización del analista”. Se hace una lectura del funcionamiento de las comunidades psicoanalíticas y su diferente manera de localizar la formación del psicoanalista.

Louise (Lolja) von Salomé: creadora de sí misma. Esta revisión de la biografía de Lou Andreas Salomé, desde la palabra, la escritura, desde su calidad de libre pensadora, literata, psicoanalista, discípula y amiga de Freud, más allá de sus atributos físicos, o sus historias amorosas, ha hecho que María Adriana Ulloa Hernández, haya creado un texto muy brillante en donde se combinan sus dotes de escritora y poetiza, haciendo resaltar la personalidad y la obra de esta extraordinaria mujer.

Finalmente, quiero dar un reconocimiento al prestigiado Pintor José Ángel Robles, que realiza también grabado y litografía, que con su arte, ha embellecido y dado sentido a todos los artículos presentados en el número de esta revista, así como su portada. Le agradecemos enormemente su trabajo y creatividad.

Araceli Zamora Santillán
Presidenta del CPM

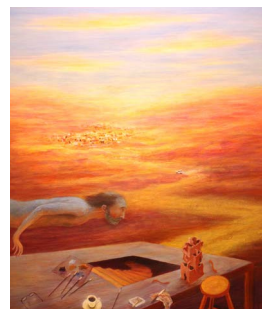


Imagen de portada
José Ángel Robles
El sueño
Oleo sobre tela
2022

Contenido

4 **Analizar(se) para analizar.**

Berenice Ascencio Silva, Alejandro Nieto, Aureliano
Castillo León

11 **Puntualizaciones sobre el sentido y forma de la investigación psicoanalítica.**

Cesar Edgardo Medina Castañeda

24 **La figura del seminario y la lectura en la formación del candidato a psicoanalista.**

José Refugio Velasco García

37 **Verdades y verdades**

Luis Carlos Vazquez Vidrio

Pautas para pensar la práctica y localización del analista.

46 **Reflexiones a partir del libro *Localización del analista* de Manuel Hernández.**

Ma. Alejandra de la Garza y Raquel Aguilar García

55 **Louise (Lolja) von Salomé: creadora de sí misma.**

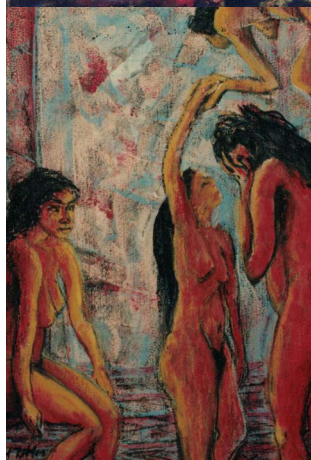
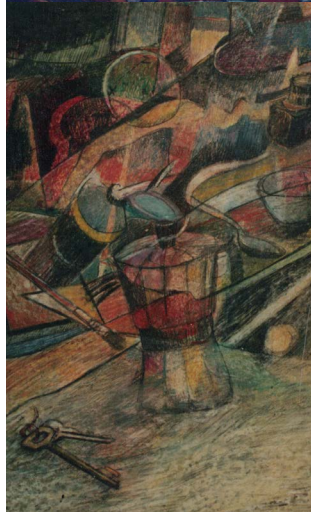
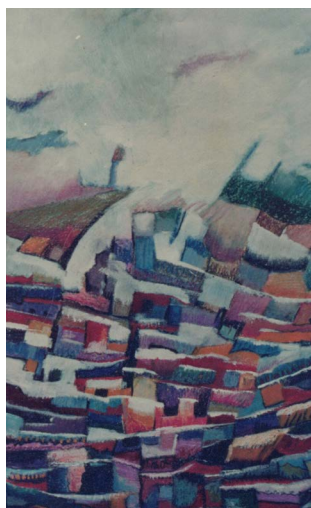
María Adriana Ulloa Hernández

61 **Pasolini, lector de Sade en *Saló o los 120 de Sodoma*.**

Ma. Antonia Reyes Arellano

65 **Semblanza del autor.**

José Ángel Robles



Analizar(se) para analizar.

AUTORES

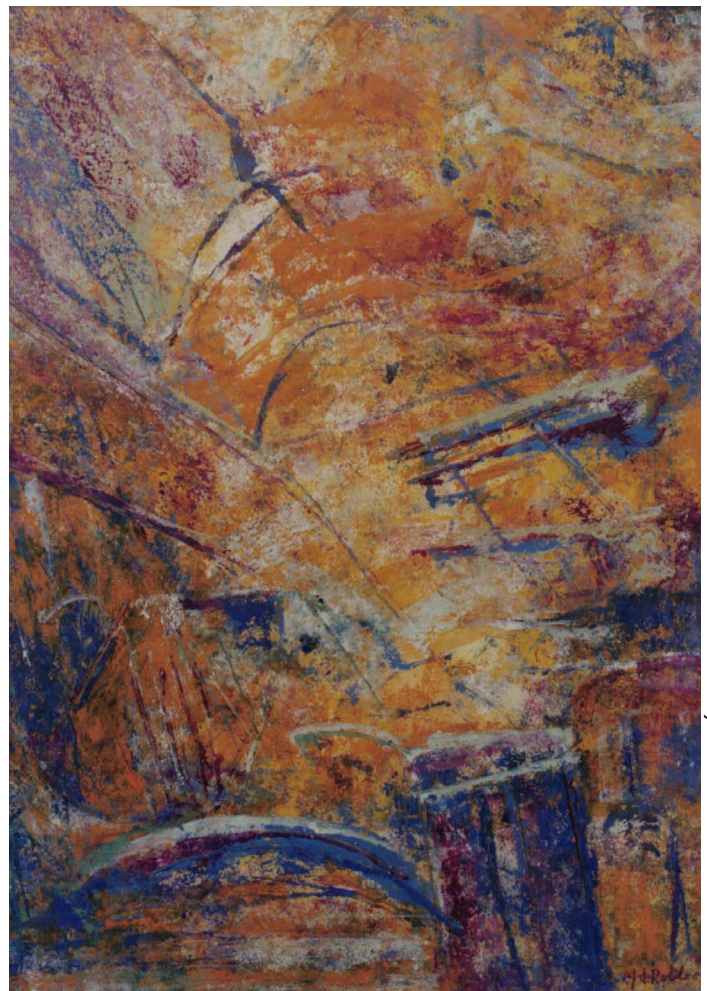
Berenice Ascencio Silva, Alejandro Nieto,
Aureliano Castillo León
Formandos CPM-CDMX
Fecha de recepción: 13/04/2022
Contacto: psic.bere.13@gmail.com

Introducción

Un Cadáver Exquisito

Escribir un ensayo a seis manos no es algo sencillo; implica, de entrada, compaginar ideas, teorías y, sobre todo, distintos bagajes previos a la redacción. Escribir desde la subjetividad dentro de un equipo requiere escuchar la experiencia del otro, compartir el propio viaje y embarcarnos juntos en la creación de uno nuevo. Es necesario plasmar la voz propia, pero al mismo tiempo, dejar espacio para la voz de los demás.

Para dar lugar a que los elementos discursivos se pusieran en movimiento, y de paso nos atravesaran a los tres por igual, optamos por abordar esta tarea de una manera que pusiera en juego nuestras coincidencias y, al mismo tiempo, nuestras disidencias. De manera libre, cada integrante escribió lo que pensaba respecto a la problemática planteada, siendo cada texto (re)escrito una segunda y tercera ocasión por los otros. Para que la práctica funcionara, fue necesario desprendernos del texto, acallar los egos y confiar en las reinterpretaciones



José Ángel Robles, *Obra sin título*, técnica mixta, ca. 1989

que el escrito sugirió a cada miembro del equipo al llegar su turno de (re)escribirlo.

Lo que yace ahora en este ensayo es, pues, resultado de una suerte de *cadáver*

exquisito (juego surrealista de escritura a varias manos); un solo texto, pero escrito —estrictamente— por tres personas distintas. Las asociaciones gestadas a partir de la lectura del texto recibido, emulan una suerte de autoanálisis, una estancia en otro tipo de diván; un intercambio epistolar fértil, donde la problemática elegida (el papel del análisis propio en la formación como psicoanalistas), fue desarrollada desde tres puntos de vista, resignificados en uno solo.

I

Separar los pies de tierra firme, enfrentarse a la inmensidad del océano, deambular sin rumbo fijo. Embarcarse en diván es una experiencia por demás incierta. Algunas posibilidades son naufragar o llegar a puerto seguro; sin embargo, lo más importante es el recorrido y las transformaciones que la marea movilice.

El océano, caótico y misterioso, mueve la barca de un lado a otro según sea su voluntad. Aguas tranquilas o tormentas salvajes. La labilidad del rumbo desconcierta a cualquiera, tanto que se puede caer en el sinsentido, olvidando que las respuestas están ahí, en el sonido de las olas, las aves que atraviesan el cielo en la luz del sol, la luna y sus hijas: las estrellas; en la furia del huracán y en la oscuridad de la noche.

Se piensa que al pisar tierra se estará cumpliendo el objetivo de este viaje. En la actualidad, diferentes tratamientos o psicoterapias prometen inmediatez en acallar ese mar enfurecido, o incluso, guiar por la costa sin mojarse siquiera los pies, para no tocar situaciones “pasadas e innecesarias”. Lo mismo puede esperarse del psicoanálisis,

erróneamente. El sentido de aventurarse dentro del diván es deambular en el propio inconsciente; ningún lugar al que las corrientes puedan llevar es ajeno al analizante, aún si se llega a puerto seguro, será uno creado dentro de sí.

Llegar a la playa no garantiza una estadía permanente. Las posibilidades de transformación a lo largo de la vida seguirán ahí. El deseo de movimiento hace su aparición, invitando a zarpar de nuevo, esta vez, con la posibilidad de encallar cada que se requiera. Por otra parte, se suele quedar prendado del viaje, encantado por las sirenas, generando un deseo diferente: hacer del mar el propio hábitat, probablemente siendo más marino que terrestre. El inconmensurable océano puede ofrecer libertad en lugar de incertidumbre, sobre todo si el viaje nos ha (trans)formado de náufrago a marinero.

El marinero está familiarizado con las corrientes y rutas marítimas, el viento y las estrellas que lo guían. ¿De dónde obtuvo este conocimiento? ¿Estuvo solo todo el tiempo? Navegar en diván no es una actividad que se pueda realizar individualmente, a pesar de que la experiencia es meramente subjetiva, se necesita de un otro para realizarla.

Alguien que no cuestione la verosimilitud de las narraciones, que escuche y acompañe. Una figura que permita apalabrar los temores y enfrentarlos, que se sumerja a las profundidades y contenga la angustia que despiertan los monstruos marinos que en ellas habitan.

El analizante que descubre su deseo de formarse como analista, centrará su atención en adquirir los conocimientos

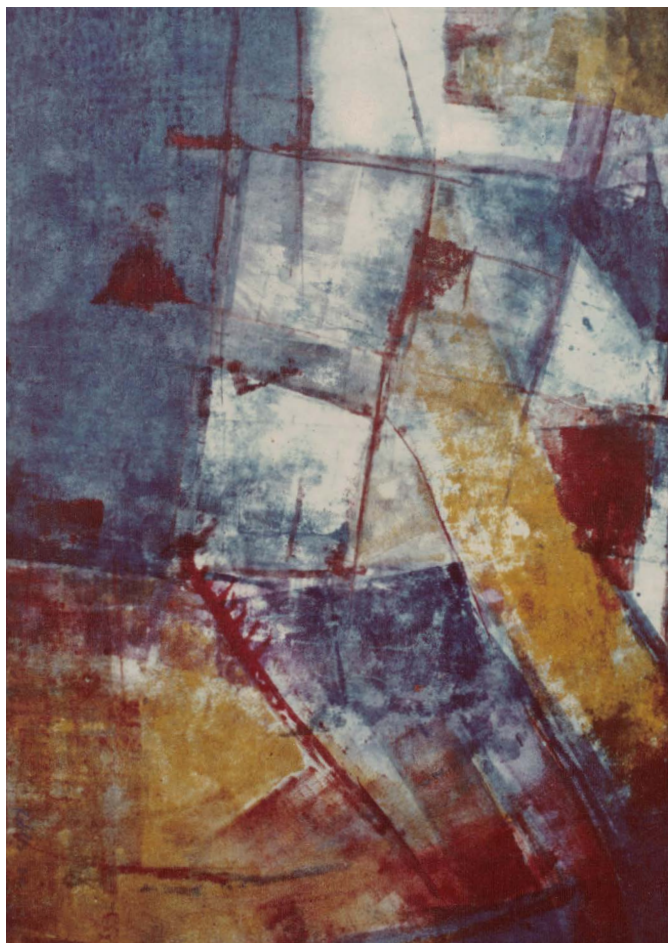
necesarios para la navegación: seguramente buscará cartas marítimas y todo lo que han escrito otros navegantes de cientos de viajes. Tendrá presente en su memoria el recuerdo de su propio recorrido y estará consciente del saber que este le trajo. Se podrá embarcar en una segunda (una tercera, una cuarta...) parte de este análisis, siendo ahora marinero. Recordemos que, aun siendo experto, el riesgo de naufragio siempre está presente, pues el mar es impredecible y salvaje. El objetivo no es apaciguarlo; el objetivo es darle sentido.

II

Formarse como psicoanalista tiene de suyo un problema. El escenario de la educación clásica y tradicional aparece como condición de posibilidad. Se supone que una vez localizado el deseo de devenir psicoanalista, se procede a buscar una institución o escuela que ofrezca la formación, con docentes que enseñen las herramientas para llegar a serlo. Ahora bien, es necesario detenerse a reflexionar, ¿será así en el ámbito psicoanalítico?

Por supuesto que influye el deseo y la institución que se elige para formarse como psicoanalista, además del gusto por la teoría psicoanalítica, así como la perspectiva que brinda el conocerla, pero ¿Es suficiente todo lo anterior para posicionarse en el lugar del analista? Quizás un título o un papel que certifique la formación que se ha llevado sea suficiente, pero quizá falta algo más.

Rastreando el origen de la teoría psicoanalítica, nos encontramos con aquellas mujeres histéricas que, gracias a la palabra y a la asociación libre, dieron el material



José Ángel Robles, *Obra sin título*, técnica mixta, ca. 1989

necesario para que Freud comenzara a percibir un saber *del* inconsciente y a desarrollar un saber teórico *sobre el* inconsciente.

En las sesiones de escucha, ya dentro del dispositivo analítico, hace su aparición, sin embargo, ese mismo saber, intransferible y subjetivo: el saber del inconsciente. A partir de esto se plantea, entonces, que la apropiación del saber del propio inconsciente resulta también imprescindible para formarse como psicoanalista.

Si nos remontamos a la historia, la problemática planteada no es algo para nada nuevo. Los seguidores de Freud, por ejemplo, pusieron en práctica el propio análisis, a la par del estudio de las teorías, generando con ello incluso otros conocimientos psicoanalíticos.

Otro ejemplo es la correspondencia entre Freud y Fliess, donde las ideas que se compartieron se vieron transformadas por este dispositivo en el que, aún sin que se lo propusieran como tal, había un otro escuchando.

No es posible, además, dejar de lado las relaciones de poder que se han jugado desde aquel primer grupo de psicoanalistas. A pesar de que el núcleo transgresor y disruptivo del psicoanálisis ha despertado algunas enemistades a lo largo de la historia, lo preocupante ha sido su burocratización, así como el dogmatismo de algunas instituciones. Pareciera que la institucionalización es un mal necesario para mantener vivo al movimiento psicoanalítico, pero quizá lo sea también el cuestionarla constantemente.

Con el paso de los años, el psicoanálisis se internacionalizó, y esto implicó distintas miradas y modalidades, tanto en lo teórico como en lo práctico. Se fundaron diferentes instituciones, cada una con su pensamiento particular en materia de la formación de los analistas. Bastantes de éstas sucumbieron ante la educación tradicional: con un ambiente jerarquizado, ofreciendo conocimientos pre-digeridos, filtrando rigurosamente a los candidatos y otorgando títulos validatorios.

Esta clase de mecanismos impiden la crítica y el cuestionamiento al sistema educativo, a los métodos de trabajo y a la teoría misma. Es casi como si quienes estructuran esa clase de instituciones se hubieran olvidado de la importancia de mantener sus propios egos en análisis.

Resulta irónico hablar de re-significación como una parte importante

del psicoanálisis, y no haber podido, al mismo tiempo, modificar ciertas dinámicas institucionales. Lacan dio luz sobre el asunto al proponer que la formación ocurriera de otra manera. Él concentró su atención en *El Pase*, donde se cuestionaba la validación del analista. Cabe preguntarse entonces, ¿Qué válida al analista?, pero más importante aún, ¿Quién o qué válida al que pretende validar?

Reconocer la importancia del pensamiento crítico al estar formando a otros y al estar también en formación como psicoanalista es fundamental. La admisión de disciplinas diversas como punto de partida para los futuros analistas enriquece el ámbito psicoanalítico y permite perspectivas valiosas. Señalar las relaciones de poder, y apalabrar sus consecuencias, será necesario para que ninguna institución psicoanalítica empobrezca, o al grupo de formandos, o a los deseos de éstos. Resignificar la teoría, hacer propio el saber sobre el inconsciente y continuar construyendo el saber del inconsciente a través del análisis propio es, pues, de vital importancia si se desea seguir por este sendero formativo.

III

Al momento de pensar la formación psicoanalítica, considerando lo anterior, podemos hablar de dos modalidades de formación: una donde se estudie una currícula sobre el psicoanálisis, la cual es inamovible e incuestionable, donde las jerarquías sean evidentes y los procesos de selección (o mejor dicho, filtración) tengan miras a inhabilitar a los formandos más que a brindarles agencia. La segunda modalidad sería aquella que, siguiendo el espíritu de la Proposición del 9 de octubre de 1967 de Lacan, se cuestione a

sí misma, se piense desde el psicoanálisis e, idealmente, alimente su mirada desde otras ciencias o desde las humanidades, dando lugar a algo así como un análisis propio de la institución misma. Esta opción tendría como fin el generar un espacio donde se ponga en juego la subjetividad del analista en formación, donde éste pueda cuestionar sus capacidades y las de sus maestros, donde pueda interrogar su deseo (con ayuda de su análisis personal, denominado por Ferenczi como la segunda regla fundamental del psicoanálisis).

Sin embargo, aunque podemos encontrar ejemplos de ambas modalidades en las diferentes instituciones psicoanalíticas del mundo (incluso en las que se vean a sí mismas más como un colectivo o agrupación), debemos reconocer que la formación en psicoanálisis continúa inscrita en la dimensión institucional. Tanto en los lugares de carácter más inamovible como en aquellos con cualidades más fluidas, la institución se hace presente de una forma u otra. Al mismo tiempo, la cualidad crítica no es exclusiva de esas instituciones fluidas: en toda formación, la responsabilidad de cómo se asimila el conocimiento reside mayoritariamente en el formando.

El formando, aún cuando esté en la institución más ortodoxa, tiene el potencial de cuestionar lo instruido. No obstante, hay de instituciones a instituciones, ya que aquellas que propician el diálogo y la reflexión de su misma oferta, llevan una ventaja en ese camino por encontrar una alternativa a la institución como organización social.

Podemos ver que la formación en psicoanálisis conlleva una complejidad

diferente a la del estudio de cualquier otra ciencia o disciplina. Este contiene tres dimensiones que se entrecruzan y se resignifican a ellas mismas: el análisis propio (didáctico), la enseñanza de teoría psicoanalítica y la supervisión. Este último punto, controvertido.

Es sabido que, históricamente, la supervisión es uno de los elementos más atravesados por la sombra institucional, debido a que las consignas para elegir al analista que supervisa al formando, han sido uno de los procesos más cercanos a una burocratización de la enseñanza. Aquí cabe la misma lógica sobre quién autoriza al formando a ser psicoanalista: ¿Quién autoriza a un analista a ser supervisor? ¿El número de formandos que ha supervisado?



José Ángel Robles, *Obra sin título*, técnica mixta, 1989

Las cuestiones anteriores continúan en la línea de la reflexión crítica en cuanto a la formación de analistas. Sin embargo, al mismo tiempo que se reconocen las prácticas institucionales ortodoxas, también es importante reconocer lo afectivo, las pasiones implícitas en el ejercicio del poder. No es de extrañar que Freud hiciera una lista de recomendaciones a los futuros analistas para saber llevar una sesión de psicoanálisis, las cuales bien podemos extrapolar a las relaciones dentro de las instituciones psicoanalíticas.

Estas incluye: poner en práctica la atención flotante, sin fijarse en nada en particular, manteniendo la objetividad y los límites claros; hablar con libertad y naturalidad del dinero y la sexualidad; cuidar

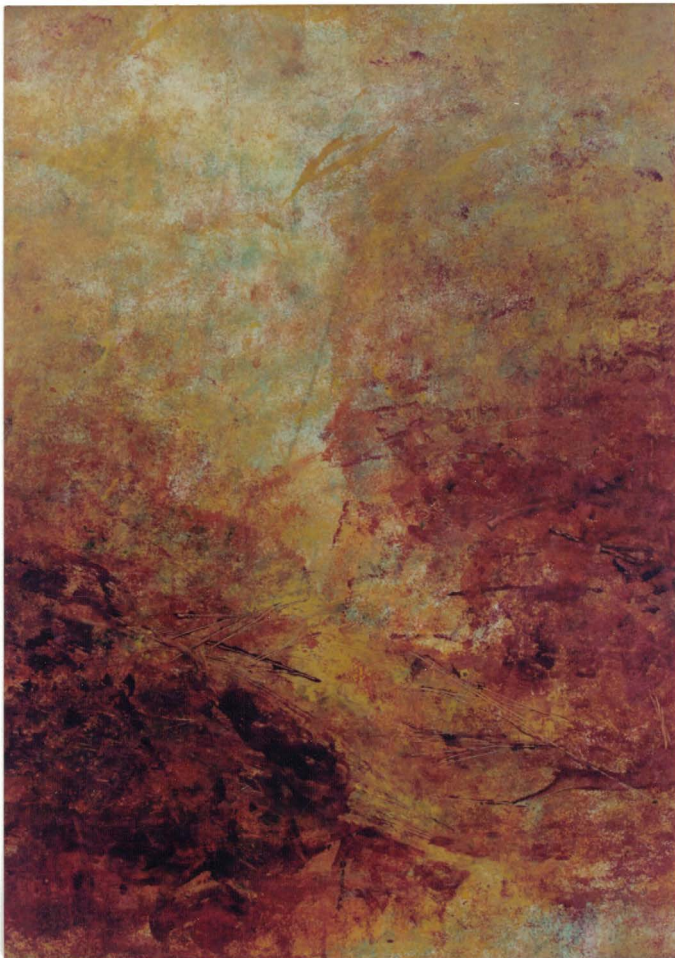
la vida afectiva y localizar los fenómenos transferenciales y contratransferenciales que causan el hacer hablar y escuchar al inconsciente del otro, llevando dichos fenómenos asimismo a análisis y a supervisión de casos.

Otro aspecto de vital importancia que se debe reconocer en la formación del analista a nivel institucional, y que tiene ecos en el análisis didáctico y en la supervisión, es la grupalidad que se pueda generar entre los formandos. Al final, todos tenemos esa capacidad de crítica, la cual se fortalece cuando es reconocida, primero por el formando, y segundo, cuando es vista también en sus colegas. Considerando las pasiones institucionales (las envidias y competencias entre los miembros), el poder expresar los sismos internos producidos por el saber del inconsciente (y sobre el inconsciente) con personas que puedan identificarse con ellos, puede ser considerado como un tercer saber, un saber colectivo.

Conclusiones

El análisis propio posee un papel fundamental tanto a lo largo de la vida como en la formación de los psicoanalistas. Recostarse en el diván y emprender un viaje interno, por medio del cual se observan, apalabran y escuchan las diversas formaciones del inconsciente, es un acto por demás transgresor. El dispositivo analítico permite simbolizar y resignificar, por un lado, la teoría, y por el otro, las vivencias dentro de la institución que acoge a cada analista en potencia. Si se sigue, en la medida de lo posible, la regla fundamental, ningún tema quedará fuera: relaciones de poder, identificaciones, proyecciones, pasiones


José Ángel Robles, *Obra sin título*, técnica mixta, ca. 1989



y todas aquellas asociaciones que pulsan por salir, buscando elaborarse, aun cuando exista resistencia, eventualmente emergen a la superficie.

El deseo de ser analista es descubierto y elaborado en el diván, dentro del dispositivo mismo. Con el análisis propio como marco, se movilizan los motivos e intereses que hay detrás de ese deseo, mismos que pueden modificarse una y mil veces estando ya inmerso en la formación. En dicho trayecto, se manifiestan las dinámicas grupales que se generan con los pares, las interacciones con docentes y las dudas respecto a la institución (y al lugar mismo del analista). No parece fácil ser analista en un mundo globalizado que tiende constantemente a la inmediatez, sobre todo en lo tocante a los cuestionamientos internos que surgen al zarpar en el océano del inconsciente.

El psicoanálisis ha perdurado a través de los años, ha ganado adeptos y aceptación social en varios círculos, objetivos todos que buscaba el mismo Sigmund Freud para las nuevas teorías que había desarrollado. No puede faltar nombrar la problemática de la formación y la transmisión del psicoanálisis como un tema que fue discutido por varias bocas, llegando a tres pilares fundamentales: análisis propio, teoría psicoanalítica y futuras supervisiones. Un elemento adicional, y completamente digno de considerarse dentro de la formación, es el vínculo que se construye entre colegas. Este permite intercambiar ideas, formular hipótesis, expresar emociones, contener la angustia y vivirse acompañado. Al final, la palabra como cura puede emerger en los lugares menos esperados, como en esas históricas acusadas de farsantes que, no obstante, llevaban consigo un saber con el

potencial de cambiar al mundo. Sin embargo, el surgimiento de dicho potencial no podría darse sin pasar por el análisis de uno mismo. 

Puntualizaciones sobre el sentido y forma de la investigación psicoanalítica.

Introducción

Ríos de tinta han fluido respecto a la cuestión de si el psicoanálisis es o no una disciplina científica. Desafiante, pero no innecesaria, tal reflexión parece implicar medir con la vara del positivismo cualquier disciplina que se asuma como capaz de revelar algún conocimiento nuevo sobre el hombre y la realidad. Sobre este hecho, Perrés (2013) propone que el psicoanálisis no es solamente una institución surgida en la cultura occidental, sino que es “una revolucionaria y subversiva disciplina con vocación científica” (p.164).

Esta acepción del psicoanálisis, supone el sentido de esa *vocación científica*, como un llamado a que el psicoanálisis se aproxime, pero sin constreñirse, a los procedimientos y formas de lo que se entiende por ciencia. Y es que lo que habitualmente se asume como científico está vinculado necesariamente a la idea del *método científico*, forma reglamentaria de procedimientos y acciones que permiten pasar de un estado de aparente ignorancia al del conocimiento.

AUTOR

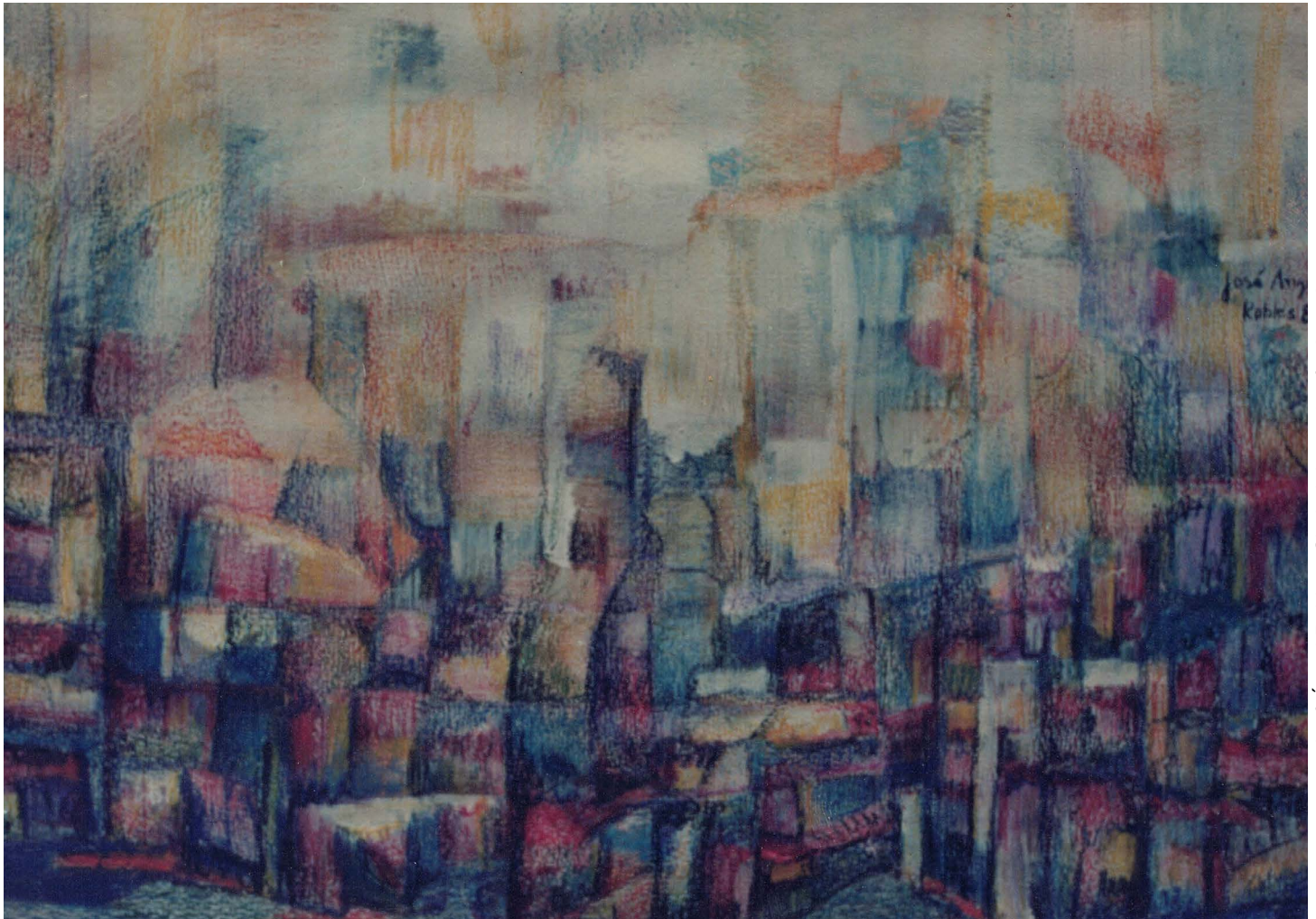
Cesar Edgardo Medina Castañeda
Miembro Adscrito CPM- SLP
Fecha de recepción: 06/04/2022
Contacto: cesarpsico@live.com

En este sentido, si el psicoanálisis es una disciplina llamada a ser científica, y todo lo que se entiende por ciencia se adecúa al método llamado científico, ¿Es que el psicoanálisis debe operar según este modo de ejercicio de la razón? Unánimemente los psicoanalistas negarían categóricamente este proceder, pues la dimensión subversiva del psicoanálisis, no está solamente ubicada en la reflexión que hace sobre la condición humana, sino también en el modo de aproximarse a ella. Es así, que lo revolucionario del psicoanálisis se halla también en la forma en que se aproxima a los fenómenos de su interés, y la manera en que reflexiona sobre ellos.

O dicho de otro modo, en la forma en que el psicoanalista realiza investigación. Sobre esto, ¿Qué podría entenderse por investigación psicoanalítica? Pregunta amplia y en ocasiones confusa, se pretende a continuación reflexionar sobre ella.

Prolegómenos conceptuales

En la definición que en 1923 Freud realiza del psicoanálisis, establece que este



José Ángel Robles, Ciudad de otoño, técnica mixta, 1981

posee tres dimensiones, articuladas entre sí pero con campos de acción particulares:

Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino (Freud, 1923, p. 231).

En las primeras líneas de esta definición, Freud es claro al indicar que el psicoanálisis es en principio un *procedimiento*, que no es otra cosa que un conjunto y serie de momentos en los que se ejecutan ciertas acciones para la obtención de un fin. En otras palabras, el

psicoanálisis en tanto procedimiento para indagar lo psíquico es esencialmente un *método de investigación*.

Para evitar confundir la labor técnica con la labor investigadora, se sugiere nombrar a la primera como *praxis psicoanalítica*, incluyendo en este concepto los aspectos técnicos, metodológicos y conceptuales que determinan la actividad terapéutica, y por *método psicoanalítico* referirnos a la actividad cognoscitiva y de ejercicio de la razón que se aproxima a la realidad para su comprensión.

Partiendo de la definición de 1923, Mijolla y de Mijolla-Mellor (1996) reflexionan sobre la distinción entre método terapéutico y método de investigación:

¿Qué diferencia puede establecerse entre el “procedimiento de investigación” y “el método para el tratamiento”? Sería inexacto ver en el segundo una simple aplicación del primero, dado que, si bien el procedimiento sobrepasa a la cura en el sentido en que puede ser aplicado, por ejemplo, al estudio de objetos y hechos culturales, por otra parte, se ha formado y continúa experimentándose a la luz de la práctica de la cura. Sin embargo, el procedimiento de investigación implica tomar en consideración mecanismos como, por ejemplo, la condensación y el desplazamiento, y de manera más general, la dimensión metapsicológica (punto de vista tópico, dinámico y económico) que no son directamente requeridos en el trabajo de interpretación del analista, aun cuando constituyan su fundamento (p. 155).

La pregunta que surge ante esta situación es ¿Cómo se lleva a cabo en psicoanálisis la actividad investigadora? En distintos momentos de su obra, Freud establece que el psicoanálisis tiene como propósito la investigación de los procesos inconscientes del individuo: “Este nuevo método de investigación, en la medida en que nos abre amplio acceso a un elemento nuevo del acontecer psíquico, a saber, los procesos del pensar que han permanecido inconscientes” (Freud, 1896, p. 218). Si el psicoanálisis es un saber que describe el modo en que el inconsciente determina la vida psíquica del sujeto, expresándose en las formaciones del inconsciente, y el modo en que se toma conocimiento de estas expresiones es en la práctica terapéutica, se

sigue entonces que es este ejercicio el que determina el método psicoanalítico.

Por otra parte, la praxis psicoanalítica y el material obtenido de ella, poseen la categoría de *clínico*, término cuyo sentido no designa solo la actividad terapéutica en su extensión, sino también una forma de pensar los hechos: “un pensamiento clínico, es decir, un modo original y específico de racionalidad surgido de la experiencia práctica” (Green, 2014, p. 12). Esto expresa de otra forma la experiencia y el conocimiento psicoanalítico, y lo describe como un conocimiento que surge de la puesta en marcha de un ejercicio que produce una experiencia. Es decir, que la construcción del conocimiento del psicoanálisis está determinada por la manera en que aprovecha los instrumentos propios de su método para el análisis del campo psíquico. En un sentido que mantiene la idea de clínica, el conocimiento obtenido de esta experiencia resultará en un saber que va más allá del momento en que la praxis se realiza y consiste en “lo que el analista teoriza como reflexión de su clínica” (Cancina, 2008, p. 55).

Esto no parece ninguna novedad, pues todo proceder investigativo y forma de construcción de conocimiento, parte de la experiencia. No obstante, lo que hace distinto al psicoanálisis en su producción de conocimiento, es el posicionamiento ético y epistemológico con el cual procede el psicoanalista. Y sobre esto, la fórmula que establece que el psicoanalista trabaja con su propio inconsciente, establece a este último como instrumento y objeto de la indagación que ocurre en la clínica.



José Ángel Robles, Proyecto para un vitral, técnica mixta, 1981

El inconsciente como objeto y recurso para la investigación

El indicar que el analista trabaja con su propio inconsciente con el propósito de “indagar” en el inconsciente del paciente, indica al menos dos aspectos: el del posicionamiento del analista como un sujeto que explora una realidad distinta a la propia, y segundo, que tal indagación se hace con un “instrumento” insólito e intrínseco al investigador. Esto parece en principio una aporía contradictoria, pues ¿Cómo puede un sujeto investigar un objeto con un objeto que es semejante al objeto investigado?, o dicho de otro modo, ¿Cómo es legítimo afirmar que el inconsciente del analista, esa región desconocida de su psiquismo le permite acceder al conocimiento del otro? En esto puede intuirse una crítica al psicoanálisis

como un saber autorreferenciado y donde las afirmaciones sobre el psiquismo del sujeto no serían sino declaraciones del analista creando argumentos falsos que expresan algo sobre un objeto pero que no revelan nada de este. En esta cuestión es donde radica la diferencia, originalidad y complejidad del pensamiento y quehacer investigativo del psicoanálisis, y varios aspectos ayudan a comprender el modo que este proceder resulta no en un ejercicio erróneo sino en una forma de aproximarse a la realidad y experiencia del psiquismo del sujeto mediante un posicionamiento epistémico particular. Sobre esto, Laplanche ofrece una definición de psicoanálisis que enriquece esta reflexión y permite considerar los elementos que determinan el quehacer del analista: *método de las asociaciones libres polarizado por la transferencia* (Laplanche, 1996, p. 163).

Aun así, ¿Cómo estar convencidos de que es el inconsciente del paciente y no el del analista el que se formaliza en la teoría? En la construcción del análisis como método, Freud tuvo que experimentar –de forma embrionaria– en él mismo, aquello que afirmaba mediante los recursos técnicos que iba desarrollando. *La Interpretación de los sueños* de 1900 es un texto que hace manifiesto el “experimento” freudiano del autoanálisis. Previamente a establecer la interpretación de los sueños como el recurso técnico que permitía la exploración del inconsciente de los pacientes, Freud ejecuta un *autoanálisis*, que consistió en el análisis de su propia experiencia onírica, considerando que esta era la vía que le permitía aproximarse a lo que intuía en lo referido por los pacientes¹. Este *protoanálisis*, no es otra cosa que el descubrimiento de la posibilidad de comprender el psiquismo considerando que el sentido oculto que se halla en los sueños y síntomas es revelado cuando esto es analizado en compañía de otro, lo que se da inevitablemente al establecerse la transferencia. Sin embargo, en 1897 Freud le escribe a Fliess sobre el proceder pero también las dificultades de su autoanálisis: “Sólo puedo analizarme a mí mismo con los conocimientos adquiridos objetivamente (como lo haría un extraño); un genuino autoanálisis es imposible, de lo contrario no existiría la enfermedad [la neurosis]” (Freud, 1950, p. 313).

Los sueños como vía en la investigación psicoanalítica

Otro evento que expresa la manera en que el psicoanálisis constituye una exploración del psiquismo y una construcción de conocimiento sobre este, es el análisis que

Freud hace de un sueño que experimenta en 1895 referente a una paciente. En el que es llamado *El sueño de la inyección de Irma*, Freud logra analizar los componentes del sueño, cuyo contenido manifiesto oculta contenidos latentes de carácter inconsciente, de carácter biográfico y vinculados a su vida actual:

Los *restos diurnos* que utilizó en este sueño fueron de una extremada diversidad. Freud respecto a este sueño príncipes, procedió mediante asociaciones libres sobre cada miembro de la frase y nos comunicó la mayoría de ellas, mientras que fue menos sistemático en los sueños siguientes. Pero hay otra razón: este sueño, esperado por Freud como ayuda para aclarar cuestiones científicas concernientes al sueño, a la psicología normal y a la neurosis, supera su espera preconsciente y arroja luz sobre el propio Freud. Así, pasó en revista todos los sectores de su vida y retomó un gran número de personajes, acontecimientos, situaciones e ideas (Anzieu, 1978, p. 161).

Además de la descripción de los hechos y personajes, Freud también analiza sus sentimientos de rencor o aprecio a los personajes que aparecen en su sueño. Este análisis de los afectos dirigidos a los otros, es realizado desde una postura que considera los efectos transferenciales de Freud, expresados en los contenidos manifiestos del sueño pero determinados inconscientemente, por lo que más allá de la descripción de los hechos del sueño y su asociación con los restos diurnos, hay también un análisis de los modos en que se establecen relaciones

con los otros, que en el sueño son distintas e inclusive inconfesables a las relaciones que mantiene con estos en la vida consciente.

¿Qué utilidad tiene el análisis de un sueño y desde que “metodología” se realiza? En el texto de 1900, La interpretación de los sueños, Freud establece que la elección de los sueños le es evocada ante las imposibilidades de avanzar en el tratamiento de sus pacientes y considerando estos estados con un carácter enigmático. De esto escribe lo siguiente:

Mis pacientes, a quienes yo había comprometido a comunicarme todas las ocurrencias y pensamientos que acudiesen a ellos sobre un tema determinado, me contaron sus sueños

y así me enseñaron que un sueño puede insertarse en el encadenamiento psíquico que ha de perseguirse retrocediendo en el recuerdo a partir de una idea patológica. Ello me sugirió tratar al sueño mismo como un síntoma y aplicarle el método de interpretación elaborado para los síntomas. (Freud, 1900, p. 122).

Asociación libre e interpretación son los dos aspectos que destacan en esta cita de Freud. Resulta pertinente entonces dedicar algunas líneas para aclarar la utilidad y funcionalidad de la asociación libre como técnica. Definida por Laplanche y Pontalis (2008) como el “método que consiste en expresar sin discriminación



José Ángel Robles, Concierto de piano para la ciudad, técnica mixta, 1981

todos los pensamientos que vienen a la mente, ya sea a partir de un elemento dado (palabra, número, imagen de un sueño, representación cualquiera), ya sea de forma espontánea” (p. 35), las asociaciones libres le son “sugeridas” a Freud por una de sus pacientes, Emmy von N. En el historial clínico de la paciente, se lee como le exige a Freud lo siguiente “¡Quédese quieto! ¡No me hable! ¡No me toque!... Y hete aquí que me dice, con expresión de descontento, que no debo estarle preguntando siempre de dónde viene esto y estotro, sino dejarla contar lo que tiene para decirme” (Freud, 1893-1895, pp. 72-84).

Este es un acontecimiento de suma importancia, pues expresa la creación de un procedimiento técnico distinto al interrogatorio médico, centrado en la indagación de la experiencia de un otro pero interpretado desde una teoría y subjetividad distinta a la del sujeto de la experiencia. Por otra parte, la asociación libre es además un método que no se determina por una descripción consciente de los hechos, pues de lo que se trata es precisamente de lo opuesto: que los contenidos inconscientes accedan a la conciencia sin estar condicionados por la censura, la inhibición, el pudor o la vergüenza.

Y por otra parte, la aparente contradicción de comunicar “algo que no se sabe que se sabe”. Esto se comprende mejor, a partir de una teoría sobre el inconsciente y la represión, pues no se debe perder de vista que lo que es reprimido es todo aquello que provocó una experiencia de satisfacción inaceptable para otras instancias del aparato psíquico. De una manera simplista, puede afirmarse que el psiquismo nunca olvida, sino que reprime, y que el retorno de lo reprimido

se realiza por la vía del síntoma o por la vía de la asociación libre, esta última permitiendo un efecto que Freud denomina como abreactión.

Lo que se pretende en el proceso psicoanalítico es que el paciente formule una *neurosis de transferencia*, forma de “neurosis artificial... que se constituye en torno a la relación con el analista [y] representa una nueva edición de la neurosis clínica; su esclarecimiento conduce al descubrimiento de la neurosis infantil” (Laplanche y Pontalis, 2008, p. 250). Estos aspectos, indudablemente clínicos, son elementos indispensables del trabajo de investigación que se realiza en la situación analítica.

Hay que recordar que si Freud plantea al psicoanálisis como un procedimiento de investigación, este solo puede realizarse mediante el uso de instrumentos que permitan la aproximación al objeto. Si para el astrónomo el conocimiento de los cuerpos celestes solo es posible mediante la observación del cielo auxiliado por instrumentos como el telescopio o que permitan ampliar el campo de percepción de los sentidos para obtener datos sobre los aspectos desconocidos e intrigantes del espacio exterior y los objetos que en él se encuentran, el psicoanalista investiga de una forma un tanto similar: mediante el recurso de la asociación libre que permite la expresión de los contenidos inconscientes del paciente, el analista toma conocimiento de la experiencia psíquica de aquel, de sus deseos, experiencias de la infancia, afectos reprimidos, etc., elementos que por sus características emergen a la conciencia en forma encubierta, pero que poseen un sentido que demanda interpretación para su comprensión.

Es desde este razonamiento que el uso de los sueños se plantea como la *vía regia de acceso al inconsciente*, sentencia que afirma que los contenidos inconscientes son accesibles a ser conocidos, permitiendo no solo la liberación del padecer del sujeto, sino que dan noticia de hechos de su vida (lo que sería objeto de la clínica) a la vez que tener noticia de ellos devela el sentido en que se organiza la vida psíquica. Es decir, una función terapéutica y una investigativa, sin que esta última se confunda como un descubrimiento de algo preexistente, sino como la aproximación al enigma de la construcción de sentido y de los modos de desear del sujeto.

Lo que interesa reflexionar es el modo en que los contenidos del inconsciente poseen sentido y que este puede ser comprendido. El sueño –al igual que cualquier otra formación del inconsciente– puede ser *tratado como un texto*, es decir, como un testimonio que da noticia de un acontecimiento y de una forma de representar la realidad. O también, si se propone que el sueño es un texto, es porque este trasmite un mensaje, enigmático por la manera en que se presenta y que comunica el modo en que el sujeto se identifica o vincula con los otros y las modalidades y objetos de su desear. Si el sueño es un texto, significa que puede ser *leído*, pero los fenómenos que lo acompañan, el olvido y su carácter enigmático hacen manifiesto que ese texto posee una cualidad que lo hace “ilícito” para la conciencia, pero que en el análisis revela su sentido fundamental.

La interpretación como recurso para el conocimiento

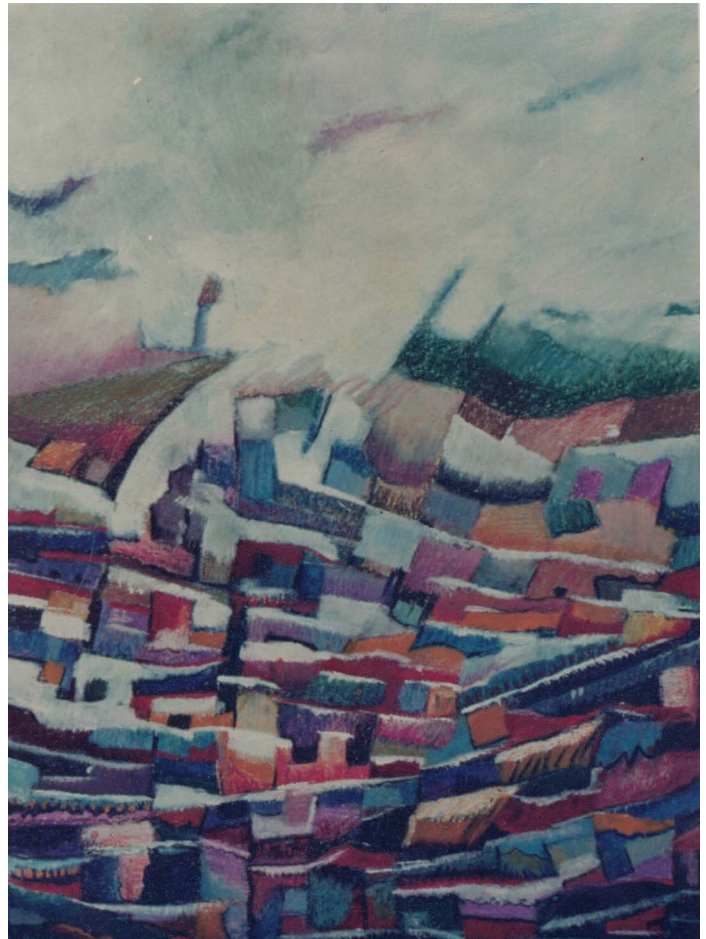
El texto *La interpretación de los sueños* da cuenta desde su título, que el recurso para el desciframiento de lo enigmático onírico se halla en el recurso de la interpretación, y que Freud integra como una actividad del analista en la situación analítica, pero que es en principio, el medio para poder acceder al conocimiento de él y lo inconsciente. Freud escribe: “interpretar un sueño significa indicar su sentido, sustituirlo por algo que se inserte como eslabón de pleno derecho, con igual título que los demás, en el encadenamiento de nuestras acciones anímicas” (Freud, 1900, p. 118).

La cuestión ahora es, ¿Cómo procede un psicoanalista para indicar el sentido de los contenidos oníricos? Sin contar con un referente interpretativo o un vocabulario que indique que el sentido de tal imagen es esto o lo otro, el uso de la interpretación en psicoanálisis tiene que partir del propio material que el sujeto ofrece, *mediado pero no condicionado* a la metapsicología y procesado por el inconsciente del analista, pues si los sueños son producciones del inconsciente, se entiende por qué la propuesta de que el psicoanalista trabaja también con su propio inconsciente.

Desde una lectura que parte de Anzieu, Etchegoyen (2014) explica que “el psicoanalista es un intérprete vivo y humano que traduce el ‘idioma’ del inconsciente para otro ser humano; y, como el intérprete que vuelca un idioma a otro, el analista no opera nunca como una máquina o un robot” (p. 382). En palabras de Freud, esto ocurre del siguiente modo:

debe volver hacia el inconsciente emisor del enfermo su propio inconsciente como órgano receptor, acomodarse al analizado como el auricular del teléfono se acomoda al micrófono. De la misma manera en que el receptor vuelve a mudar en ondas sonoras las oscilaciones eléctricas de la línea incitadas por ondas sonoras, lo inconsciente del médico se habilita para restablecer, desde los retoños a él comunicados de lo inconsciente, esto inconsciente mismo que ha determinado las ocurrencias del enfermo. (Freud, 1912, p. 115).

Respecto a la interpretación, esta constituye un recurso alrededor del cual se configura el método psicoanalítico: “extraer del mineral en bruto de las ocurrencias no deliberadas el contenido metálico de pensamientos reprimidos” (Freud, 1904, p. 239). Esta metáfora de la extracción del mineral “caracteriza la práctica de la interpretación y, de manera más general, el método psicoanalítico del cual constituye su fundamento” (Milloja y Milloja-Mellor, 1996, p. 153). Ya se ha dicho que la interpretación consiste en el recurso por el cual el material expresado por un sujeto se vuelve objeto de interpretación dado su carácter enigmático y de la fuente de la que emana, sin embargo, dos preguntas surgen al considerar a la interpretación como el elemento del método psicoanalítico y son las siguientes: ¿Puede la interpretación psicoanalítica ser un recurso operacional que exceda los límites de la situación analítica?, y segundo, ¿La interpretación psicoanalítica debe situarse dentro del marco de una teoría hermenéutica?



José Ángel Robles, Pueblo nevado, técnica mixta, 1981

Respecto a la primera pregunta, Freud ya aventuraba que los usos del psicoanálisis pueden ser diversos, por las posibilidades que ofrece este método para la indagación de otros hechos humanos, mientras que la segunda, continúa siendo objeto de debate por la aproximación que ha querido hacerse del psicoanálisis a la hermenéutica filosófica, particularmente en el trabajo de Paul Ricoeur.

Para problematizar la primera cuestión, Mijolla y Mijolla-Mellor (1996) proponen que la interpretación psicoanalítica solo puede ocurrir en el contexto de un análisis: “No hay interpretación psicoanalítica formulable fuera de la situación analítica... fuera de este encuadre, aun y sobre todo, si es exacta en cuanto a su contenido, la interpretación se denomina salvaje” (p. 153), lo que parecería un argumento contundente que restringe este

recurso solo al escenario clínico. No obstante Freud escribe en 1919 que el uso del método psicoanalítico puede extenderse más allá de los límites de la situación analítica, aunque sea esta en la que mejor puede ejercitar sus funciones:

Al investigar los procesos psíquicos y las funciones mentales, el psicoanálisis se ajusta a un método particular, cuya aplicación en modo alguno está limitada al campo de las funciones psíquicas patológicas, sino que también concierne a la resolución de problemas artísticos, filosóficos o religiosos, suministrando en tal sentido múltiples enfoques nuevos y revelaciones de importancia para la historia de la literatura, la mitología, la historia de las culturas y la filosofía de las religiones. (Freud, 1919, p. 171).

Si el psicoanálisis es una praxis y al mismo tiempo una investigación, la integración de ambos aspectos se logra cuando en el contexto de la situación analítica, el analista explora la vivencia del sujeto, la toma como material y la interpreta, pero al mismo tiempo construye un saber de dos órdenes: el primero referente a la biografía del sujeto y segundo, sobre el modo en que la experiencia singular puede servir como un referente para la construcción teórica, es por eso que el contenido de una interpretación puede ser pensado a la manera de una hipótesis que se le entrega al sujeto, sin esperar su validación por este, pero además: “la interpretación es siempre una hipótesis y, como tal, expuesta a la refutación, pero, cuando se la formula, adquiere otra dignidad, se hace *autónoma*. Ya no pertenece ni a quien la propone ni a quien la escucha” (Etchegoyen, 2014, p. 373).

Sin embargo, su calidad de hipótesis no la condiciona jamás al hecho de la verificación experimental, pues en tanto hipótesis, queda a consideración del analista y analizado para ser aceptada o negada. Es en base a esto que Etchegoyen, parafraseando a Bernardo Álvarez (1974) propone a la interpretación que realiza el analista como una “*proposición científica*” (2014, p. 372), lo que sin embargo no lleva a esta última a ser considerada desde un paradigma de la verificación, sino de la traducción histórica. Es decir, que considerar lo enunciado por un analista respecto a lo dicho o hecho por un paciente, no puede ser pensado como una proposición de carácter determinado o causalista, sino en todo caso, sujeto a la historia del analizado y esencialmente, a la manera en que ha construido una forma de posicionarse ante el mundo y establecer formas para la satisfacción de su deseo. Sin embargo, esto implica un posicionamiento ético particular y que no es otro que el analista no trabaja desde el lugar de amo o poseedor del saber completo y absoluto. La incógnita y el enigma son aspectos que se encuentran en la situación analítica.

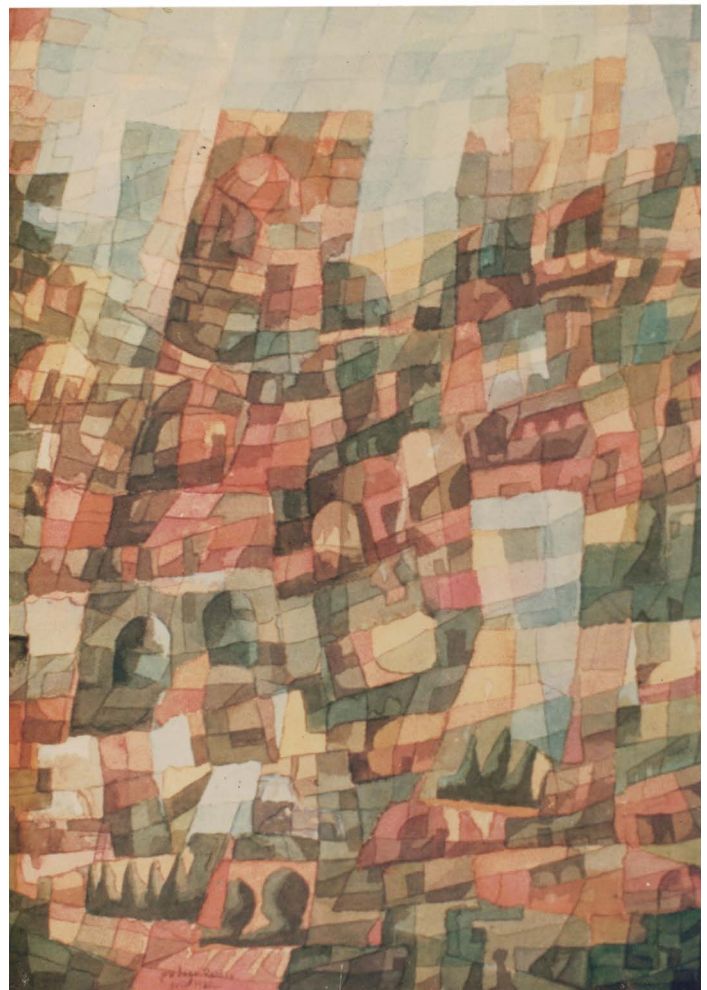
Si el analista cuenta con el conocimiento teórico, es el analizado el poseedor de su vivencia, por lo que la aproximación que el analista hace mediante la interpretación, esclarecimiento o construcción de aquello que el analizado comunica, es susceptible de ser rechazado, aceptado o ignorado. Es así, que este posicionamiento ético ante el otro, es también un posicionamiento epistémico, pues en el acto de la aproximación al saber del otro, no es legítimo adoptar una postura univocista.

De la vida del sujeto, solo tiene noticia el mismo, aunque de lo que puede narrar, quedan zonas lagunarias en la que el desconocimiento de un hecho es atribuible a la represión. Y por otra parte, el analista, que desconoce estos aspectos, es al menos poseedor de la comprensión de que los olvidos y formas de sufrimiento son manifestaciones de lo represivo y de lo reprimido. Es por eso que la hipótesis interpretativa, que se dirige al sentido de los actos y los síntomas, se fundamenta en la historia del paciente. En una extensa cita, que vale el esfuerzo leer, Mijolla y Mijolla-Mellor (1996) explican la manera en que un interpretación-hipótesis se dirige y se construye con los contenidos históricos del sujeto:

La noción de construcción de sentido en el análisis se ubica siempre desde una perspectiva de la rememoración del acontecimiento, y la transición de una a la otra constituye la esencia misma de la interpretación psicoanalítica. Para Freud estos aspectos constituyen las dos caras de un mismo proceso, encarado respectivamente por el analista y el analizante... En última instancia, puede decirse que el analizante produce la materia prima (fragmentos de recuerdos deformados en los sueños, ideas incidentales en las asociaciones libres, indicios de repetición, etc.), mientras que el analista extrae los elementos significativos y les da forma en una construcción interpretativa. Decir que se espera que el analizante rememore el pasado no debe tomarse al pie de la letra, dado que esta rememoración se efectúa no con el estatuto de un recuerdo (al menos no necesariamente), sino con

el del olvido en el presente. También el objeto de la técnica psicoanalítica es la actual superficie psíquica del paciente: 'el analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo vive de nuevo (p. 157).

Se trata entonces que esa hipótesis-interpretación del analista, se formula a partir de la vida presente del sujeto, en la que un hecho tiene carácter de monumento, es decir, de algo que recuerda al pasado evitando que sea olvidado, y es hacia ese monumento al que el analista dirige su interpretación. ¿Cómo logra esto un analista? La siguiente cita aclara este aspecto del método investigativo en psicoanálisis:



José Ángel Robles, *Ciudad*, acuarela, 1980

¿De dónde obtiene el analista la comprensión de los procesos en juego en su analizante que le permitirá interpretar? De su competencia teórica, pero también de su experiencia personal del análisis. Esta última actúa en un doble nivel, aportando una experiencia in vivo de lo que, referido al inconsciente, no podría aprenderse de otro modo [es decir, en el marco de la situación analítica], pero también volviendo al analista sensible al inconsciente del paciente. (Mijolla y Mijolla-Mellor, 1996, p. 165).

Ante esto, un último elemento a incluir en esta fórmula, es la transferencia. No se desarrollará a detalle este elemento, pues será objeto de ulteriores trabajos, pero basta decir que si la interpretación es posible en el marco de la situación analítica, es a causa de el establecimiento de la transferencia. En el epílogo del caso Dora, Freud establece que esta consiste en “reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes... no revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico” (Freud, 1905, p.101). Lo que propicia la transferencia, es que lo inconsciente se manifieste mediante del vínculo con el analista, con lo que entonces se hace posible la actividad de interpretar.

Esto explica el sentido del trabajo interpretativo que se realiza con el propio inconsciente del analista, y expresa la idea de la formación del analista como investigador. En el sentido amplio del término, un investigador es aquel sujeto que ejercita un método para la comprensión

de cierto fenómeno sustentándose en una teoría o disciplina científica desde la cual se posiciona para apreciar y estudiar el fenómeno. Esto es importante al considerar que si el psicoanálisis es la *ciencia de lo anímico inconsciente*, esto indica que el investigador (analista) que trabaja desde este saber, aprecia un fenómeno (las formaciones del inconsciente) desde un posicionamiento epistemológico particular (la metapsicología), en donde la indagación de este objeto se realiza en un marco particular (la situación analítica) mediante un recurso instrumental (la interpretación mediada por la transferencia y contratransferencia).

Además, podría suponerse que la situación analítica tendría el estatuto de laboratorio, no en el sentido experimental habitualmente asociado, sino como un espacio de trabajo en el que se opera con los contenidos de un objeto insólito, que requiere de ciertas condiciones para su exploración. Es entonces, que el lugar esencial de la labor investigadora del psicoanalista no es otro que ese laboratorio llamado situación analítica. No el diván ni el consultorio, pues estos no son sino un material y un espacio en el que se desarrolla una situación particular en la que dos inconscientes se comunican entre sí.

Conclusiones

La investigación psicoanalítica entonces, no pretende explicar la causalidad de los hechos ni demostrar la validez de sus afirmaciones, pues estas han sido reformuladas a lo largo de la historia del movimiento psicoanalítico, inclusive por el mismo Freud. De lo que parece tratarse entonces en la investigación psicoanalítica es que partiendo de los hechos clínicos,

sustentados en una teoría y un método, mostrar el modo en que el sujeto configura su experiencia, su psiquismo y sus formas de desear, fundamentado en que estos hechos biográficos son ineludiblemente subjetivos, pero que los aspectos que los determinan son propios del psiquismo humano. (1)

Referencias

Anzieu, D. (1978). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*. Siglo XXI.

Cancina, P. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Homo Sapiens Ediciones.

Etchegoyen, H. (2014). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Amorrortu editores.

Freud, S. (1893-1895). Estudios sobre la histeria. En *Obras Completas Vol. II*. Amorrortu editores.

Freud, S. (1896). La etiología de la histeria. En *Obras Completas Vol. III* (págs. 185 - 218). Amorrortu editores.

Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños (primera parte). En *Obras Completas Vol. IV*. Amorrortu editores.

Freud, S. (1904). El método psicoanalítico de Freud. En *Obras Completas Vol. VII* (págs. 233-242). Amorrortu editores.

Freud, S. (1905). Fragmento de un análisis de un caso de histeria. En *Obras Completas Vol. VII* (págs. 1-107). Amorrortu editores.

Freud, S. (1912). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras Completas Vol. XII* (págs. 107-119). Amorrortu editores.

Freud, S. (1919). ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad? En *Obras Completas Vol. XVII* (págs. 165-172). Amorrortu editores.

Freud, S. (1923). Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”. En *Obras Completas Vol. XVIII* (págs. 227-254). Amorrortu editores.

Green, A. (2014). *El pensamiento clínico*. Amorrortu editores.

Laplanche, J. (1996). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Amorrortu editores.

Laplanche, J., & Pontalis, J. B. (2008). *Diccionario de psicoanálisis*. México: Paidós.

Mijolla, A., & Mijolla-Mellor, S. (1996). *Fundamentos de psicoanálisis*. Síntesis.

Perrés, J. (2013). *Proceso de constitución del método psicoanalítico*. UAM, CPM.

Notas

1. Ante esto, se debe aclarar que el término en alemán para autoanálisis, *Selbstanalyse*, no expresa un soliloquio, sino que en los albores del psicoanálisis el término expresa al análisis que Freud ha aplicado a sus propios sueños, en un momento en que el método y la técnica aún no se han establecido, y es en colaboración inadvertida con el médico berlinés y amigo de Freud, Wilhelm Fliess a quien Freud comparte sus sueños y experiencias a través de cartas. En estos documentos, se da cuenta de la manera en que Freud comienza a explorar su propio psiquismo, comunicando sus hallazgos a Fliess y generando hipótesis y afirmaciones sobre sus conflictos personales.

La figura del seminario y la lectura en la formación del candidato a psicoanalista.

Introducción

Las discusiones en torno a la formación del psicoanalista, en las que participó en un momento dado el propio Sigmund Freud, han jugado un papel determinante para que el psicoanálisis se mantenga vigente. En distintas geografías y diferentes temporalidades esos debates han tenido un sitio relevante en la historia del psicoanálisis, colocando sobre la mesa problemáticas clásicas, las cuales necesariamente se renuevan y revitalizan a la luz de nuevas circunstancias sociales.

En México, las asociaciones psicoanalíticas, los seminarios y cursos independientes, así como los diplomados, maestrías, doctorados ofertados por establecimientos de educación superior públicos y privados, colaboran a que en el horizonte de vida de muchas personas el psicoanálisis aparezca como una posibilidad de práctica que les permita una forma de vida digna y satisfactoria. Quienes se van involucrando con la práctica y la teoría del psicoanálisis, muy pronto se enteran de que hay una estructura constituida por tres elementos en los que se apoya la

AUTOR

José Refugio Velasco García
Miembro Asociado CPM- CDMX
Fecha de recepción: 15/11/2021
Contacto: jorevel@unam.mx

formación psicoanalítica, los cuales hacen posible su práctica: el análisis personal; el estudio permanente de la teoría y la clínica psicoanalítica; así como la supervisión de casos. Generalmente, y con justa razón, se le da un gran énfasis al análisis personal de aquel que se quiere convertir en psicoanalista o ya ejerce como tal. José Ferrés (1992) señalaba respecto a la formación del psicoanalista, lo siguiente:

Dicha formación está constituida básicamente por la compleja integración de muchas vertientes vinculadas a la enseñanza y a la praxis psicoanalítica, todo ello resignificado permanentemente desde el análisis del analista que constituye el eje central de esa formación. Dicho “encuentro” del analizado con su propio inconsciente constituirá el núcleo de su formación, a partir del cual podrá integrar de otra manera las demás vertientes vinculadas al aprendizaje de la teoría psicoanalítica (seminarios, grupos de estudio, con un especial énfasis en la lectura crítica de toda la obra freudiana y de las corrientes posfreudianas) y el aprendizaje clínico (supervisión,

reflexión sobre sus propios pacientes, ateneos clínicos, etcétera) (pp. 14-15).

Se coincide totalmente con José Perrés y consideramos que esa integración y resignificación no puede ser un proceso mecánico carente de conflictos; por el contrario, es un devenir de tensión permanente donde está en juego el deseo de ser analista, por lo que esos otros dos elementos del trípode deben ser considerados con igual seriedad y rigor, pues son puntos de apoyo indispensables y establecen relaciones complejas con el análisis personal, teniendo efectos en la práctica psicoanalítica.

Con esta premisa, ahora se reflexiona en torno al lugar que puede tener el seminario en la formación del candidato a psicoanalista. Se inicia por señalar la pertinencia de la denominación candidato cuando nos referimos a alguien que aspira a formarse como psicoanalista, pensamos que en cuanto el candidato se empieza a vincular con las asociaciones o grupalidades donde se

promueve la enseñanza del psicoanálisis, establece una estrecha relación con la institución psicoanalítica. Aquí se mostrarán algunas formas en que tal articulación se produce.

Más adelante, al explorar la figura del seminario en la formación del psicoanalista, se comenta que en México aparece desde finales de los setenta del siglo pasado en la medida en que los Seminarios de Jacques Lacan fueron difundiendo; para cerrar, se plantean preguntas relacionadas con la lectura al considerarla una actividad imprescindible, insistiendo en su importancia en la intimidad del seminario.

El candidato a psicoanalista

Así como no todos los que entran en un proceso psicoanalítico se deciden por ser psicoanalistas, tampoco todos aquellos que se incorporan a un seminario sobre psicoanálisis toman la decisión de ser analistas. Son múltiples y variadas las posibilidades: hay



José Ángel Robles, *Sin título*, técnica mixta, 1989

quienes ya encontrándose en un proceso de formación al interior de una asociación, prefieren hacer un alto en el camino y toman otros derroteros, posponiendo su proceso formativo, suspenden así una continuidad formal que no se sabe cuándo podrán retomar. Corresponde a quienes interrumpen esclarecer, si así lo quieren, las causas de esa interrupción; sin embargo, nunca está por demás preguntarse en qué medida la coordinación de uno o más seminarios, así como la dinámica propia de una asociación o grupalidad, jugaron un papel relevante para que se abandonara ese proceso.

Quienes enfrentan las vicisitudes de los seminarios de formación, aquellos que se mantienen en ellos realizando lecturas y participando en las discusiones se convierten en candidatos a psicoanalista. Al revisar las definiciones de candidato propuestas por el *Diccionario de la Lengua Española* (2000) y el uso que algunos psicoanalistas han dado a la expresión *candidato*, esa denominación nos parece pertinente para dirigirnos a aquella persona que inicia un proceso de formación y le da continuidad al mismo, a pesar de los distintos conflictos a los que se pueda ver sometido.

La Real Academia Española (2000) propone: “Candidato. Del lat. *candidātus*. Persona que pretende alguna dignidad, honor o cargo. 2. Persona propuesta o indicada para una dignidad o un cargo, aunque no lo solicite. 3. Persona cándida que se deja engañar” (p. 385). En esta búsqueda de definiciones, en el sitio web *Definición.de* se agrega algo que nos parece valioso:

El concepto nació en la Antigua Roma, cuando los tribunos apelaban a una toga

blanca durante sus campañas políticas para generar una buena impresión entre los ciudadanos. El vocablo *candidātus*, por lo tanto, estaba vinculado a la persona vestida de blanco y terminó haciendo referencia a todo aquel que busca un cargo.” Además, señala: “Dentro del ámbito laboral es frecuente hacer uso del término candidato. En concreto, este se emplea para referirse a todas aquellas personas que acuden a una empresa con el claro objetivo de poder ocupar el puesto que ha quedado libre o que ahora se ofrece porque es necesario cubrirlo (Pérez Porto & Merino, 2010).

Haciendo un breve balance de las definiciones expuestas, se observa que ser candidato implica una aspiración a ocupar un sitio, pudiendo ser los otros quienes propongan o el individuo quien se presente en tanto aspirante a ocupar ese lugar, sea un puesto laboral o un espacio político; evidentemente, acceder a ese lugar implica una responsabilidad, misma que se va mostrando al ser candidato en la medida en que hay disponibilidad para transitar por ese recorrido que llevará al lugar ambicionado. También atrae esa definición que liga el candidato con la candidez, o cualidad de cándido, pues ella nos remite a la inexperiencia, a la ingenuidad, pero también a la necedad, a la insistencia a pesar de las consecuencias no favorables. De ahí la vinculación entre candidez y padecer, pero aún en ese padecer la responsabilidad no deja de estar presente.

Al hacer referencia específicamente al candidato a psicoanalista, en un momento o en otro se tendrá que responder por el deseo que lleva a formarse como psicoanalista;



José Ángel Robles, *Sin título*, técnica mixta, ca. 1989

seguramente habrá mucho que decir articulado a las aspiraciones por ocupar ese lugar de analista; un relato donde el sujeto se exprese en torno a ese imperativo que se ha impuesto como parte importante de su existencia, responder por ese yo debo, Ich soll, que late con fuerza en su ser y se manifiesta en su cotidianidad. Esa responsabilidad y su exploración se manifiestan cuando vemos que el candidato a psicoanalista rápidamente se ve envuelto en la política psicoanalítica, ámbito cuya elucidación es indispensable, pero ante la cual se levantan múltiples obstáculos.

Lo que se acaba de decir puede ser planteado en términos de dos interrogantes: ¿En el campo del psicoanálisis los candidatos no tienen ninguna relación con el devenir de la política? ¿Están exentos de establecer vínculos complejos con diferentes

expresiones del poder al interior de la institución psicoanalítica?

Desde nuestra perspectiva, el candidato a psicoanalista también se involucra, le guste o no, sea consciente de ello o no, tanto con la *política del psicoanálisis* como con la *política psicoanalítica*. Para algunos de los posibles lectores, será obvio que al afirmar lo anterior hemos recuperado los planteamientos de Robert Castell (1980), pues parecen muy pertinentes cuando encontramos ejemplos recientes donde el candidato se involucra con ambas modalidades de la política; así sucede en IPSO (International Psychoanalytical Studies Organization) y en OCAL (Organización de Candidatos de América Latina). Ambas instancias afiliadas a la IPA (International Psychoanalytical Association). IPSO tiene como función agrupar a quienes se están formando como

psicoanalistas en todas las asociaciones que pertenecen a IPA, teniendo amplia cobertura en Europa, Norteamérica, América Latina, e incluso en Asia; OCAL tiene una función similar, pero obviamente se concentra en el territorio latinoamericano.

Ambas instancias se apoyan en internet y en otros medios para convocar a candidatos a que se involucren en ciertas modalidades de la organización psicoanalítica a nivel internacional, esta convocatoria es una de las formas más explícitas de involucrar en la política psicoanalítica, en la gramática de las relaciones de poder vinculadas a las variadas dimensiones de la institución psicoanalítica, donde también encontramos una serie de invitaciones veladas, de demandas que la institución psicoanalítica plantea a todo aquel interesado en ocupar algún día el lugar de psicoanalista.

No se necesita estar afiliado a la Asociación Psicoanalítica Internacional para experimentar toda esa serie de demandas. Por supuesto que no basta referirse a las demandas de la institución psicoanalítica dirigidas hacia el candidato, también es necesario tomar en consideración aquellas demandas que irradian del propio candidato hacia la institución. Es más, la inserción del candidato en la institución psicoanalítica hace indispensable la diferenciación, así como la articulación de ambos tipos de demandas, para poder meditar sobre sus consecuencias. Hacer una valoración del devenir de demandas y encargos en casos y situaciones específicas, permite reconocer las modalidades de inserción del candidato en la política psicoanalítica y la política del psicoanálisis; en la medida en que esta última se articula a la cura, así como al lugar

que se le asigna ahí a la transferencia. Ese esclarecimiento nos ayuda a reconocer cómo el candidato se sostiene en ese trípode, en esos tres apoyos fundamentales: el análisis personal, la supervisión y el estudio de la teoría psicoanalítica.

Con lo expuesto hasta aquí en torno al vocablo candidato, se quiere dejar claro que éste nos parece pertinente en la medida en que representa todo un espacio de transición donde el aspirante se involucra intensamente tanto con la política psicoanalítica como con la política del psicoanálisis, estando en condiciones de responder por ambas modalidades de implicación, lo cual significa dar cuenta de la manera en que se coloca en el trípode de base. La permanencia en ese trípode no es tarea fácil para ningún candidato, Autoras como Piera Aulagnier (1980) y Maud Mannoni (1978) son conscientes de esa situación, cuando hablan tanto de los procesos de formación como de las dificultades experimentadas por las sociedades psicoanalíticas.

Las vicisitudes vividas al ser candidato nos obligan a reflexionar en el trípode señalado anteriormente, pero también nos llevan a evocar la pelea por otro trípode. El de Delfos, espacio ocupado por Pitia. Estamos hablando de la batalla que libraron Apolo y Hércules (Hércules en la mitología romana), cuando este último acude al Trípode de Delfos en busca de un saber que lo libere de la enfermedad padecida después de cumplir con los Doce Trabajos imposibles exigidos por Euristeo y de matar a Ífito, hijo de Eurito, rey que gobernaba Escalia. Ante el silencio de la Pitia, Heracles es poseído por el coraje e intenta llevarse el trípode, pero Apolo, quien es defensor del templo, entabla con Heracles



José Ángel Robles, *Sin título*, técnica mixta, 1989

una lucha a muerte. Zeus, que pasaba por ahí, ve a sus dos hijos en feroz pelea y los separa a través de un rayo. En una hidria griega, especie de jarrón de cerámica, podemos ver representada la batalla que libran ambos personajes, así como algunas escenas de los trabajos realizados por Heracles. ¿Algo del orden de la confrontación se experimenta cuando se es candidato a psicoanalista? ¿Es el seminario de formación un espacio donde se despliega esa confrontación? ¿Qué rasgos adquiere ella? Una de las luchas más importantes que se produce en el seminario es sin duda aquella que se libra entre el candidato y la lectura.

El seminario y la travesía por la lectura

En el territorio psicoanalítico la expresión *seminario*, se ha vuelto

sumamente común en las cuatro últimas décadas, por lo menos en nuestro país. Antes de incorporarnos a una asociación psicoanalítica con cierta organización y aun sin saber qué significado tenía un seminario de psicoanálisis, acudimos a principios de los años ochenta del siglo pasado a la sala de una psicoanalista argentina; ella se mostró muy cordial y preguntó en la primera reunión sobre nuestras expectativas al asistir a ese dispositivo. Muy generosa, nos acompañó algún tiempo en nuestra primera lectura de Freud, mostrando su interpretación de algunos textos de este imprescindible autor. Ahí se podían plantear dudas e inquietudes ante una escucha atenta que respondía con claridad y detalle, señalando siempre que las interrogantes surgidas de una lectura cuidadosa eran las mejores vías de aprehensión del saber psicoanalítico.

A varios de los asistentes al seminario de psicoanálisis nos había llevado una necesidad académica, pues los temas de tesis de licenciatura se vinculaban directamente con problemáticas psicoanalíticas. Sin darnos cuenta, asistir a ese y a otros seminarios se fue convirtiendo en parte vital de la existencia, se quería saber lo que era el psicoanálisis, reconocer sus conceptos, sumergirnos en sus aguas y navegar en ellas. Al adentrarnos en el territorio de palabras, frases y argumentos, muy pronto se hicieron visibles otros motivos que habían llevado a los seminarios de psicoanálisis; las preguntas en torno a la subjetividad, a nuestros conflictos psíquicos y al sufrimiento se empezaron a plantear con la suficiente transparencia para llevarnos a buscar un analista con el cual emprender una de las travesías más significativos de la vida. Con cierta rapidez nos percatamos de que el seminario formaba parte de los tres pilares de la formación del psicoanalista. Ahora lo consideramos de igual valor e importancia que el análisis personal y la supervisión. Veamos porqué.

Uno de los primeros aspectos a considerar es que en el seminario se establecen vínculos importantísimos con la práctica clínica y las elucidaciones que se han derivado de ella en distintos momentos de la historia de nuestra disciplina. El seminario explora un fragmento de la praxis psicoanalítica, cualquier tema tratado ahí lleva en su interior los latidos de la transferencia analista-analizante, su despliegue, sus enigmas, la ambivalencia amor-odio, las formas sutiles o aterradoras en las que la ignorancia se puede hacer presente cuando nos implicamos con el escabroso territorio de la clínica o con las problemáticas epistémicas e históricas de nuestra disciplina. Las

distintas temáticas son modalidades de trabajo de las cuales surgen incógnitas, así como esclarecimientos que se transforman en conceptos y categorías, argumentaciones que permiten nombrar los procesos clínicos e incidir sobre ellos.

Los tópicos epistemológicos e históricos pueden parecer distantes del territorio clínico, del sufrimiento humano, así como de los conflictos con los otros; pero si es un seminario psicoanalítico, más temprano que tarde esas cuestiones, aparentemente teóricas, se ligarán al sujeto, a su dolor psíquico, a su escisión subjetiva, a su angustia y desamparo, así como a otros muchos rasgos que son propios de los seres humanos.

Si se hace un breve recorrido en torno a los significados propuestos para la palabra seminario, encontramos que la expresión es definida de la siguiente manera en el Diccionario de la Lengua Española (2000):

Seminario, ria (Del lat. *Seminarius*.) adj. Desus. Pertenciente al semen: 2. Pertenciente a la semilla. // 3. Semillero de vegetales // 4. Seminario conciliar. // 5. Casa o lugar destinado para educación de niños y jóvenes. // 6. Clase en que se reúne el profesor con los discípulos para realizar trabajos de investigación. // 7. Organismo docente, en que, mediante el trabajo en común maestros y discípulos se adiestran en la investigación o en la práctica de alguna disciplina. Casa destinada para la educación de jóvenes que se dedican al estado eclesiástico (p. 1861).

En este último caso, el seminarista aparece como el alumno de un seminario conciliar. Una de las definiciones que se aproxima a lo que sucede en el tipo de espacios al que ahora nos referimos, es aquella que habla de un trabajo donde se investiga en torno a una disciplina. Pero las expresiones docente o clase provocan de inmediato cierta incomodidad, la cual se puede aprovechar para preguntar: ¿Un seminario de psicoanálisis puede ser equivalente a una clase? ¿Quién coordina un seminario ocupa el lugar de docente?

Al ir planteando estas preguntas otras muchas se dan cita aquí: ¿Por qué se le denomina seminario a ese espacio de encuentro con el saber psicoanalítico? ¿En México cuál es el origen de los seminarios psicoanalíticos? ¿Qué argumentaciones llevaron a denominarlos así en otras partes del mundo y también aquí? ¿Al mantener esa denominación se tiene conciencia de las múltiples definiciones implicadas en el

vocablo seminario? ¿En las asociaciones psicoanalíticas hegemónicas de los años cincuenta y sesenta, ya se empleaba esta expresión para denominar sus espacios curriculares de formación de psicoanalistas? ¿En qué época y bajo qué circunstancias el seminario empieza a aparecer como figura legitimada para convocar a la lectura y discusión de la obra freudiana, así como la de otros psicoanalistas? ¿A qué necesidades responde la instauración de la figura del seminario en las asociaciones psicoanalíticas y en las distintas agrupaciones vinculadas a la institución psicoanalítica? ¿Esas necesidades se articulan a intereses formativos o también a propósitos políticos y económicos? ¿Hay un proyecto de formación esclarecido a la luz del establecimiento del dispositivo del seminario? ¿Por qué hablar de seminario y no de clase, de materia o de asignatura, al interior de la asociación o agrupación psicoanalítica?

Toda esta serie de interrogantes nos han empezado a inquietar desde hace algún



José Ángel Robles, *Sin título*, técnica mixta, 1989

tiempo, sobre todo al empezar a participar activamente en la formación de psicoanalistas. Al empezar a leer y a estudiar a Freud, esa figura ya era empleada, nombrada de manera permanente, encontrándose en mucho menor escala las denominaciones de clase, taller, cátedra, o grupo de estudio. Esa expresión ha continuado vigente y se utiliza sin reparos en espacios diversos; mientras más se escucha y operamos con ella, más resuenan las dudas. Por eso al enunciarlas y pensar en posibles respuestas, es posible plantear una hipótesis: el uso habitual del vocablo seminario está ligado, de modo complejo a la tradición de los seminarios dictados por Jacques Lacan.

Al decir esto, se considera que la figura del seminario tiene dentro del psicoanálisis por lo menos dos antecedentes relevantes en la historia del psicoanálisis: en primer lugar, están las reuniones de los miércoles encabezadas por Sigmund Freud, donde se discutía la teoría y la práctica del psicoanálisis; esas reuniones representan la puesta en marcha de un proceso de institucionalización del psicoanálisis. El otro espacio relevante es el que se generó como parte fundamental de la enseñanza de Jacques Lacan, ahí la denominación de seminario adquiere un gran peso a partir de que la imagen de este psicoanalista francés va tomando un lugar de suma importancia, primero en Francia, y muy pronto en muchas partes del mundo.

En *El Seminario 1* —donde aborda los escritos técnicos de Freud—, Lacan establece una clara relación entre la necesidad de análisis personal y el trabajo del seminario: “Freud sabe desde el comienzo que sólo si se analiza progresará en el análisis de los neuróticos” (1992, p.13). Más adelante

señalara respecto al dispositivo que él promueve:

Me dirijo aquí a quienes forman parte del grupo de psicoanálisis que representamos. Quisiera que captaran que si éste está constituido como tal, con carácter de grupo autónomo, lo está en función de una tarea que implica para cada uno de nosotros nada menos que el porvenir: el sentido de todo lo que hacemos y tendremos que hacer durante el resto de nuestra existencia. Si no vienen aquí a fin de cuestionar toda su actividad, no veo por qué están ustedes aquí. ¿Porqué permanecer ligados a nosotros en lugar de asociarse a una forma cualquiera de burocracia, quienes no sintiesen el sentido de nuestra tarea? (Lacan, 1992, p. 20)

Tanto en las reuniones freudianas de los miércoles como en los seminarios de Lacan, se problematizan la teoría y la práctica del psicoanálisis como intención fundamental; por eso no es posible olvidar que en ambos espacios se producen y ventilan diferencias en torno a las conceptualizaciones psicoanalíticas, configurándose distanciamientos entre los principales protagonistas de esos espacios: Freud y Lacan. Evidentemente, el estilo lacaniano así como su propuesta de retorno a Freud, han dejado huella en varias generaciones de psicoanalistas, dentro y fuera de Francia. Específicamente en sus seminarios, Jacques Lacan muestra una serie de rasgos que no es posible dejar de mencionar: en primer lugar, como se señaló anteriormente, el enorme interés por regresar al texto freudiano; además, el esfuerzo permanente por articular el saber psicoanalítico con otras disciplinas, entre las que

destacan lingüística, filosofía, antropología, topología.

También encontramos en su seminario un conjunto de problemáticas que a Lacan le apasionaron, en las que se implicó investigando, profundizando para después compartir sus hallazgos. Del público que acudía a sus seminarios surgen verdaderos interlocutores que le permiten esclarecer sus formulaciones y, en ciertos momentos, le obligan a reconsiderarlas, aunque también muchas veces Lacan hace caso omiso de cuestionamientos, pues parece que estos lo distraían de sus propósitos.

El plantear lo hecho por Lacan como fuente de inspiración para que en México se promoviera el dispositivo de seminario, implica reconocer que muchos psicoanalistas, sobre todo a partir de la década de los setenta del siglo pasado, se interesaron por un conjunto de problemáticas, las investigaron de manera autónoma, para después de cierto tiempo compartir el recorrido realizado. Por supuesto que también debieron existir quienes fueron propuestos por las asociaciones para coordinar un seminario asignándole una temática específica, acorde a los intereses del propio coordinador. En cualquiera caso, el estudio, la investigación y el esclarecimiento se volvieron elementos imprescindibles para coordinar un seminario y nombrarlo como tal. Sin muchos fundamentos ni fuentes de apoyo, nos hemos atrevido a ubicar el origen de la figura de seminario en tierras mexicanas en los años setenta, entrelazado a los fuertes ecos lacanianos que llegaron aquí. Se considera que desde entonces este dispositivo se convirtió en un lugar de coincidencias y disidencias, donde se dan cita diferentes opiniones e interpretaciones,

encuentro de tiempos disímiles de recorrido, formas desiguales de apropiación de la teoría y la práctica psicoanalítica.

El seminario es, desde nuestro punto de vista, ámbito que pone en tensión y circulación la relación saber-ignorancia, colocando a prueba la templanza de nuestra subjetividad para aceptar la ignorancia propia, así como la de los otros. Quien coordina el seminario propone generalmente una temática según sus inquietudes y su recorrido por la institución psicoanalítica, colocando sobre la mesa la temática de interés muestra su posición ante la misma y sus interrogantes, convoca a otros para recorrer textos, invita a comentar y reflexionar a partir de las interpretaciones producidas en los integrantes del seminario.

Al estar participando en un seminario valdría la pena no olvidar que se tiene por objetivo explícito la lectura, así como el estudio de la clínica y la teoría psicoanalítica, profundizar, con cierto detalle, en la escritura que se ha ligado a los acertijos de la clínica. Se sabe que la exploración detallada de la articulación teoría-clínica, los enigmas de su práctica, muy pronto lanzaron a Sigmund Freud a la aventura de la escritura y a la ficción de la teoría como la denomina Maud Mannoni (1980). Esa ficción se convirtió en un trabajo incesante de esclarecimiento y posicionamiento ante su práctica, al grado que se ha vuelto un puntal decisivo en el devenir de la institución psicoanalítica. Si bien Freud inaugura la escritura psicoanalítica, ella ha crecido exponencialmente y ahora se ha vuelto imposible abarcarla totalmente mediante la lectura, lo que hace vigentes las expresiones de Octave Mannoni (1982) y de Françoise Roustang (1989) cuando hablan respectivamente de: *Un comienzo que no*



José Ángel Robles, *Sin título*, técnica mixta, ca. 1989

termina; y de A quien a el psicoanálisis atrapa... ya no lo suelta.

A pesar de esa gran extensión de terreno, la lectura total de los textos freudianos se vuelve indispensable en la formación de cualquier psicoanalista, sin que esto se contradiga con una lectura paralela, o sucesiva, de otros autores que se han convertido en verdaderos clásicos de la literatura psicoanalítica, o de autores contemporáneos que generen nuestro interés. Al señalar esto, de inmediato aparece la problemática de la lectura y el lugar que tiene este proceso en la vida del candidato, o de aquel que ya practica cotidianamente el psicoanálisis. Consideramos que la lectura

ocupa un lugar relevante en la formación del psicoanalista, por eso se sugiere que el lector de estas líneas se plantee, si quiere, los siguientes cuestionamientos: ¿Leer es algo realmente importante en mi vida? ¿Qué me sucede cuando leo un texto, cuya temática principal es el psicoanálisis? ¿Qué movimientos subjetivos ocurren en mi persona, cuando leo psicoanálisis? ¿Cómo se articulan esos movimientos psíquicos, con mi proceso como analizante? ¿Hay algún autor dentro del amplio escenario psicoanalítico, que me resulte imprescindible y valioso leer? ¿Al recorrer textos de filosofía o teoría social, establezco nexos con el campo psicoanalítico? ¿Otro tipo de literatura me conduce, en cierto momento, a mi disciplina?

Mientras el lector decide si se hace o no estas preguntas, asumimos que en nuestra existencia la lectura ha representado un importante recurso para enfrentar y elaborar nuestro malestar en la cultura, por esta razón nos permitimos citar una anécdota, así como una reflexión expuesta por Benito Taibo y recuperadas por la periodista Mónica Mateos Vega (2021):

Un día, en Mazatlán, una chavita se me acercó y me dijo: ‘el año pasado lo escuché hablar sobre libros. Déjeme decirle que soy hija de un narco y que me toca ser la siguiente generación, porque mataron a mi padre, pero gracias a su conversación de cómo los libros cambian a las personas, me alejé de ese mundo’. “Me quedé congelado bajo el calor tropical mazatleco, pero diciendo: ¡Qué inmenso poder tienen los libros! No mi libro, sino la literatura y sus armas para enfrentar a los monstruos y demonios de la vida”, concluyó el escritor (p. 4).

Según lo señalado por Benito Taibo, la lectura puede proporcionar ciertos recursos para enfrentar a los demonios que acechan cotidianamente nuestra existencia. Leer, desde nuestro punto de vista, es también un acto transgresor que transforma paulatinamente al ser que lo realiza, es la posibilidad de establecer un puente interpretativo con la realidad en sus múltiples dimensiones. Mediante la lectura nos adentramos en las significaciones que otro, el autor, le da al mundo. El vínculo entre lectura y escritura queda entonces establecido, leemos lo que se ha escrito, aquello que en distintos materiales y modalidades es publicado. Desde hace mucho tiempo no solamente leemos el papel, hay palabras expuestas en

distintos materiales: a veces en una pared se puede leer una frase conmovedora, que nos da la posibilidad de resignificar nuestras ideas y afectos.

Algo sucede cuando se dirige la vista hacia esos signos que arman palabras y nos proponen distintas significaciones, el sujeto se altera, el cuerpo y la psique son expuestas, a través de la lectura, a sensaciones, afectos, imágenes que surgen en cuanto entablamos vínculos con lo que otros escribieron. Como bien lo señala Pierre Bordieu (2011), al recordar las enseñanzas de Georges Canguilhem: “...el cuerpo está siempre comprometido, puesto en juego, en la palabra” (p. 180).

El seminario puede ser una invitación a leer, a problematizar, a plantear dudas personales; puede ser la posibilidad de escuchar a quien coordina ese espacio, también a recibir con respeto a quienes nos acompañan y aspiran ocupar muy pronto el lugar de analistas. Quien abre un seminario psicoanalítico generalmente propone una temática y una bibliografía, ante esto sugerimos tomar en cuenta lo que Paulo Freire (2004) puso de relieve al hablar del acto de estudiar:

Una relación bibliográfica no puede ser una simple serie de títulos, hecha al acaso o de oídas. Quien la sugiere debe saber lo que está sugiriendo y por qué lo hace. Quien la recibe, debe a su vez, encontrar en ella, no una prescripción dogmática de lecturas, sino un desafío (p. 47).

Las preguntas que surgen al recuperar lo dicho por Freire son: ¿con qué estado

de ánimo se reciben las propuestas de temáticas y la bibliografía que se impulsa en el seminario? ¿Qué clima intersubjetivo se puede propiciar al aceptar, o no, los desafíos producidos en la intimidad del seminario psicoanalítico?

transmisible y lo transmisible en el advenir (institucional) del psicoanalista. Colección Contextos.

Real Academia Española (2000). *Diccionario de la lengua española.* Espasa Calpe.

Se considera que si hay algún lector que se ha planteado interrogantes similares, seguramente es porque late en él el deseo de convertirse en candidato a psicoanalista o porque insiste en continuar los caminos propuestos por Sigmund Freud, donde los fenómenos inconscientes ocupan un lugar central. ☹️

Referencias

Bourdieu, P. (2011). *Capital cultural, escuela y espacio social.* México. Siglo XXI.

Freire, P. (2004). *La importancia de leer y el proceso de liberación.* Siglo XXI

Lacan, J. (1992). *El seminario 1. Los Escritos técnicos de Freud.* Paidós.

Mannoni, M. (1980). *La teoría como ficción. Freud, Groddeck, Winnicott, Lacan.* Editorial Crítica Grupo Editorial Grijalbo.

Mateos Vega, M. (2021). Benito Taibo suma diez capítulos a *Persona normal* para festejar una década de su publicación. *La Jornada Semanal.* <https://www.jornada.com.mx/2021/06/27/cultura/a04n1cul>

Pérez Porto, J., Merino M. (2010). *Definición de candidato.* <https://definicion.de/candidato/>

Perrés, J. (1992). *Formar, deformar, conformar. Acerca de las categorías de lo*

Verdades y verdades.

I

Quisiera tomar como punto de partida una noticia divulgada el 28 de septiembre de 2016 por el portal *Jaque al neoliberalismo*¹. La nota en cuestión informaba que la Sociedad Europea de Física había desmontado la versión sostenida hasta entonces por Estados Unidos sobre el llamado 9/11 y explicaba que la explosión de las Torres Gemelas no fue producto de un atentado terrorista sino de una demolición controlada. Este asunto es interesante porque pone a circular las nociones de realidad, ficción, verdad, mentira, en sus no tan nítidas fronteras. Recapitulemos brevemente.

Hay una realidad: El derrumbe de las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York, a consecuencia del impacto de unos aviones sobre ellas. El gobierno de Estados Unidos formula su teoría acerca del hecho ocurrido: “Fue un atentado terrorista efectuado por la red islámica Al Qaeda”. Recordando el pasaje de *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926) donde Freud le aclara a su imaginario interlocutor que el “aparato anímico” es una ficción, en este

sentido freudiano llamaremos “ficción” a la teoría en tanto que invención para dar cuenta de una realidad. Y esta ficción ha funcionado durante años como garante de una verdad... hasta que 15 años después la Sociedad Europea de Física la cimbró en sus cimientos cuales Torres Gemelas asegurando que estas fueron demolidas por explosión interna

AUTOR

Luis Carlos Vázquez Vidrio
Miembro Asociado CPM- GDL
Fecha de recepción: 20/01/2022
Contacto: lcarlosv@yahoo.com.mx



José Ángel Robles, *Sin título*, monotipo, ca. 1980

controlada, a saber una “implosión”, y no por el impacto de los aviones que además, añade, eran maniobrados por drones y no por terroristas suicidas.

La conclusión de los físicos europeos: Estados Unidos ha mentido pues, intencionalmente ha ignorado evidencias que refutaban su teoría del incendio como causa del colapso. Uno entre varios elementos clave es la presencia de metal derretido color naranja emanando de las torres antes de colapsar y que, según el Instituto Nacional de Estándares y Tecnología (NIST) del gobierno estadounidense, era aluminio del avión combinado con material orgánico cuando que ese tipo de material, aseguró la Sociedad Europea de Física, es producido por una “reacción termita” que se utiliza para debilitar una estructura antes de activar el dispositivo explosivo para demolerla.

Si concedemos que la teoría (“ficción”) de la Sociedad Europea de Física es más coherente o explicativa de la realidad, basada en propiedades “objetivas” de esa realidad material, entonces daría cuenta de una verdad en el sentido de una concordancia con el mundo exterior objetivo, a diferencia de la teoría a la que denuncia mentira de Estados Unidos.

II

De este interjuego entre realidad, ficción, verdad, mentira, se desprende una acusación implícita que se formula al gobierno de Estados Unidos: éste miente para ocultar un secreto que él sabe y que oculta a los demás. Lo que recuerda al secreto que Freud apunta que esconde un criminal.

Tomemos pues, como eje de nuestra reflexión uno de los textos de Freud que, digámoslo así, no se encuentra en el top ten de su extensa obra. Se trata de su breve escrito *La indagatoria forense y el psicoanálisis* (1906) donde, tras proponer una analogía entre el criminal y el histérico, a saber que: “En ambos se trata de un secreto, de algo escondido” (p.91), de inmediato el creador del psicoanálisis establece la radical diferencia: “En el criminal se trata de un secreto que él sabe y oculta ante los demás; en el histérico, de un secreto que tampoco él sabe, que se oculta a sí mismo.” (Freud, 1906, p.91).

Enseguida explica cómo es posible que el histérico se oculte a sí mismo un secreto que es suyo pero el cual, sin embargo, desconoce. Es que ha reprimido “ciertas representaciones y recuerdos de intensa investidura afectiva, así como los deseos edificados sobre estos... de tal modo que no desempeñan papel alguno en su pensar, no entran en su conciencia y, así, permanecen en secreto para ellos mismos.” (Freud, 1906, p. 91). Empero, prosigue Freud, es de este material psíquico reprimido del que provienen los síntomas psíquicos y somáticos que, al igual que una “mala conciencia” (Freud, 1906, p. 91), martirizan al neurótico.

Así pues, indica Freud, la tarea tanto del terapeuta como del juez consiste en “descubrir lo psíquico oculto” y que, respectivamente, concierne al secreto del histérico que éste no sabe y se oculta a sí mismo; y en el caso del criminal apunta a dar cuenta del secreto que éste sí sabe y oculta a los demás.

Está claro que el secreto no es de la misma categoría en el criminal que en el histérico. El secreto de cada uno, eso “psíquico

oculto”, encubre algo que es consciente para el criminal e inconsciente para el histérico, de suerte que para defenderse de lo que se le inculpa el criminal miente, porque manifiesta lo contrario de lo que sabe sosteniendo una cosa que no es verdad, finge no saber, pues de no ocultar su secreto estaría obrando en contra de sí mismo.

El criminal se resiste conscientemente a revelar su secreto. Y frente a esta falta de colaboración del inculpa, el interés de la indagación forense apunta a obtener una “convicción objetiva” (Freud, 1906, p. 94), en otras palabras, a obtener una verdad, entendida ésta como una concordancia con el mundo exterior objetivo, con una realidad. Por lo tanto, la formulación freudiana acerca de la tarea del terapeuta y del juez, de “descubrir lo psíquico oculto”, radica en descubrir una verdad. Para llevar a cabo tal tarea, el

método psicoanalítico utiliza la asociación libre, que consiste en que el analizante comunique todas sus ocurrencias sin reserva crítica alguna, regla que se fundamenta en la premisa “de que esas ocurrencias no serán fruto de su libre albedrío, sino que estarán comandadas por el nexo con su secreto” (Freud, 1906, p. 91).

Pero la verdad que busca la indagatoria forense tampoco es de la misma categoría que la verdad que busca descubrir el método psicoanalítico. Veamos la siguiente cita de Maud Mannoni:

El psicoanálisis terapéutico es un método de búsqueda de verdad individual más allá de los acontecimientos; la realidad de estos últimos, para un sujeto dado, sólo adquiere sentido por la forma en que ha participado y se ha sentido modificado por ellos. (Mannoni, 1965, p.11).

Mientras la indagatoria forense busca la verdad acorde a una realidad material de unos hechos efectivamente sucedidos, el psicoanálisis busca una verdad individual más allá de los acontecimientos cuya realidad para un sujeto dado sólo adquiere sentido por la forma en que en ellos ha participado y ha sido modificado.

Pero entonces, si su secreto se oculta a su propia conciencia, ¿El neurótico, como si se tratara de un criminal, miente aunque no de manera consciente? Al igual que aquel, se resiste a que se sepa su secreto, pero la diferencia es que su resistencia es a un material inconsciente y, puede decirse que, más que ocultárselo a los demás, a lo que



José Ángel Robles, *El llano en llamas*, técnica mixta, 1981

se resiste es a saber su secreto, su verdad individual.

El método psicoanalítico advierte el secreto del neurótico a partir de las exteriorizaciones de la resistencia, que son *signos de obediencia* al complejo reprimido; Freud menciona cuatro: 1) la descalificación del valor de sus ocurrencias por parte del analizante; 2) el atascamiento en la producción de ocurrencias; 3) leves desviaciones en la forma habitual de expresarse; 4) el error en la reproducción de un relato narrado con anterioridad. Estos signos no se excluyen unos a otros; y podría añadirse un quinto signo de obediencia, a saber, la disonancia entre el decir y el hacer, unos indicios que recuerdan a los que Freud observa en quienes delinquen por conciencia de culpa.

III

Un analizando, al que llamaré Uriel, relata en una sesión que su novia actual le comentó al día siguiente de que tuvieron relaciones sexuales que había caído en cuenta de que se encontraba en sus días fértiles, por lo que ella piensa que podría haber quedado embarazada. Uriel se rebela frente a esa posibilidad; dice no querer tener más hijos (tiene tres con su ex esposa), y luego calma su inquietud argumentando su convencimiento de que él es estéril.

A la siguiente sesión, retoma el tema muy relajado; el posible embarazo de su novia resultó falsa alarma y reitera que eso no habría sido posible porque él está convencido de su esterilidad. A mi pregunta de si ya se hizo análisis al respecto responde que no, pues el procedimiento de ir a un

laboratorio a masturbarse para dejar su muestra en un frasquito le parece humillante. Inquiero entonces por las razones de su convencimiento de que es estéril y responde que desde que se separó de la madre de sus hijos, ha tenido relaciones sexuales sin protección con varias mujeres y no ha embarazado a ninguna.

Le señalo entonces que estar convencido de su esterilidad no es lo mismo que tener la seguridad de ser estéril, por lo que no deja de llamar la atención que mantenga relaciones sexuales sin precaución, pues la posibilidad de embarazar a una mujer está latente. De inmediato rechaza mi señalamiento reiterando que no desea tener más hijos, a lo que le señalo que entonces ha de resultarle más tolerable embarazar a una mujer que hacerse un análisis de fertilidad. Su reacción es de sorpresa y, tras unos momentos de silencio, admite, no sin renuencia, que si realmente estuviera convencido no habría dado lugar a su temor de que su novia hubiese quedado embarazada. Esto recuerda una frase de Nietzsche: “Las convicciones son más peligrosas enemigas de la verdad que las mentiras”.

Reflexionemos en los dos planos, el manifiesto y el latente. Mi intervención se orientó en la inconsistencia entre su decir consciente y su descuidado comportamiento en cuanto a un posible embarazo. Ello apuntaba a su secreto, a lo “psíquico oculto” que, por así decirlo, alzaba la mano detrás del desfase entre su decir y su actuar. Pero cuando desde la lógica del proceso secundario Uriel afirma que no desea más hijos, ¿Dice la verdad o miente?



José Ángel Robles, *Sol y formas*, pastel sobre papel, 1980

Como indica Tappan Merino (2004), la condición humana es que todo en la vida “es efecto de una subjetividad” (p. 84). ¿Cuál es en este pasaje la realidad de Uriel, la que él sostiene conscientemente o la que se evidenció en el análisis? Podemos decir que Uriel no mentía cuando afirmaba que no deseaba procrear otro hijo; para él, eso era incuestionable; pero tampoco se precavía de que eso no sucediera.

El mismo autor plantea una serie de preguntas que ilustran esta complejidad:

¿Existen verdades objetivas y verdades subjetivas?, ¿hay verdades inescrutables y eternas mientras que también existen verdades momentáneas? Lo que se pensaba era verdad en un

determinado periodo y después se demuestra que es falso, ¿puede considerarse entonces una mentira porque así lo creían antes o era una verdad? (Tappan Merino, 2004, p. 92).

¿Verdades inescrutables y eternas, y otras momentáneas que se pensaban verdad y se convierten en mentira porque ya no se la cree verdad?

IV

Recurramos al desencanto de Freud cuando le confía a Fliess “el gran secreto” que poco a poco se le fue trasluciendo: “Ya no creo más en mi neurótica” (Freud, 1897, p. 301). Esta contundente afirmación aludía a que lo que hasta entonces le había parecido creíble, es decir una verdad, y

que había conceptualizado con la teoría de la seducción, dejó de serlo por “continuas desilusiones” en cuanto a los resultados del análisis pero, sobre todo, por “la sorpresa de que en todos los casos el padre”, incluido el del propio Freud, hubiera de ser inculgado como perverso.

De estas citas, mencionemos de pasada la provisionalidad, la relativa permanencia de los conceptos y del saber a la que tampoco escapa la verdad de la teoría. Y si en este sentido la verdad siempre es parcial, rectificable, ¿Lo que teóricamente en un momento se consideró verdad, mientras se la consideró como tal, en realidad era una mentira? Y si lo fue, ¿Lo era en el sentido del criminal o del neurótico?

Nos inclinaremos por la segunda alternativa, pues la teoría de la seducción no se produjo para ocultar intencionalmente un secreto. Freud dejó de creer en su histérica y en su teoría de la seducción, cuando cayó en cuenta de que: “La perversión tendría que ser inconmensurablemente más frecuente que la histeria” (Freud, 1897, p. 301), lo que, al parecer no cuadraba con la realidad objetiva. Esta reflexión lo lleva a “la intelección cierta de que en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto.” (Freud, 1897, pp. 301-302). En esta breve cita se entrevé que el creador del psicoanálisis equipara la verdad con la realidad externa y la fantasía con la ficción, la teoría individual del sujeto acerca de su realidad.

Orientado entonces por la intelección de que “la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres” (Freud, 1897, p. 302), Freud conceptualiza la verdad

individual como realidad psíquica. Esto apunta a considerar que toda realidad es vivida desde un psiquismo, lo cual es posible por la realidad psíquica que, desde el descubrimiento freudiano del inconsciente, es nuestra realidad misma.

V

El significado psíquico de la realidad, tal como la realidad exterior ha quedado inscrita en el psiquismo, se teoriza como “realidad psíquica”, concepto que supuso la limitación de la teoría de la seducción que pretendía dar cuenta de un acontecimiento, de algo efectivamente sucedido. Volviendo a *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926), recordemos que para Freud un concepto es “una representación auxiliar como hay tantas en las ciencias” (Freud, 1926, p. 182), y añade que: “El valor de una de estas representaciones auxiliares –“ficción”, la llamaría el filósofo Vaihinger– depende de lo que se pueda conseguir con ella”(Freud, 1926, p. 182).

¿Qué es lo que se puede conseguir con esta nueva ficción o representación auxiliar? Laplanche y Pontalis (1993) indican que Freud utilizó este concepto “para designar lo que, en el psiquismo del sujeto, presenta una coherencia y una resistencia comparables a las de la realidad material; se trata fundamentalmente del deseo inconsciente y de las fantasías con él relacionadas” (p.352), en suma, “lo que, para el sujeto, adquiere, en su psiquismo, valor de realidad.”(Laplanche y Pontalis, 1993, p. 352).

Pero la realidad psíquica de las fantasías es opuesta a la realidad material, de suerte que “en el mundo de las neurosis,



verdad y al mismo tiempo miente respecto a otra verdad que desconoce? Pero si desconoce esa verdad, ¿Está mintiendo?

VI

El psicoanálisis propone un proceso de conocimiento del sujeto sobre sí mismo partiendo de lo que éste sabe de sí, de su saber consciente que, al mismo tiempo es una ignorancia de sí, *un saber que no se sabe*. Se trata pues, de una ignorancia que se pone en juego para permitir que fluya el conocimiento, lo que Freud subraya en el citado texto *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* como una radical diferencia entre confesión y análisis: en aquella, quien se confiesa dice lo que sabe; en éste, ha de decir más de lo que sabe. Si, como indica Tappan Merino, el desconocimiento de nuestra ignorancia es el máximo impedimento para el conocimiento, el psicoanálisis apunta a cuestionar un saber superficial producto de ignorar que ignoramos.

el principal papel corresponde a la realidad psíquica” (Laplanche y Pontalis, 1993, p. 352), si bien Freud reconoce que no ha encontrado diferencias en cuanto a los efectos en el sujeto, ya sea que “los acontecimientos de la vida infantil sean un producto de la fantasía o de la realidad.” (Laplanche y Pontalis, 1993, p. 352).

Ahora bien, si la cura psicoanalítica parte del supuesto de que los síntomas neuróticos se basan en una realidad psíquica, el mismo Freud subraya que entonces, el neurótico “debe tener, en cierto modo, razón” (Laplanche y Pontalis, 1993, p. 352). ¿Razón en el sentido de una verdad consciente? Así pues, cuando Uriel afirma que no desea engendrar más hijos ¿Dice la

Pero la verdad no es homogénea, es diferente para el inconsciente y el yo. El yo enuncia un discurso atravesado por otros no conscientes. Entonces, ¿Cuándo el paciente está diciendo la verdad? ¿Cuál es la verdad en la realidad psíquica? Preguntas de difícil respuesta cuando sobre lo que trabaja el análisis es la construcción (multívoca) histórica del paciente sobre sí mismo.

Entonces, la verdad en el psicoanálisis va más allá de la verificación de los hechos o de lo dicho. Apunta a aquello que no depende de un argumento para dar cuenta de ello sino de una especie de intuición de la verdad. Cuando Freud indica que en el neurótico que oculta un secreto “hay un legítimo no saber”

(Freud, 1906, p. 94), añade que es preciso descubrir complejos que fueron reprimidos a consecuencia de sentimientos displacenteros. Así, afirma, “logramos hacer consciente al enfermo lo reprimido, su secreto, y así cancelamos el condicionamiento psicológico de los síntomas de su padecer.” (Freud, 1906, p. 93). La condición de posibilidad para el conocimiento de lo inconsciente es actuar desde la ignorancia de ese saber, a través de preguntas, la duda frente a supuestas certezas, el cuestionamiento de afirmaciones, etcétera. Curiosamente, una vía privilegiada para el conocimiento de lo inconsciente, la deconstrucción de certezas, produce otra certeza como índice de una verdad individual que permanecía oculta a la conciencia. Tappan Merino (2004) indica:

en psicoanálisis la verdad es algo que se produce en la dimensión de la certeza, de la seguridad, quizá de la evidencia cuando un analizante encuentra o descubre algo que sabe verdadero por el efecto que esto produce, por la manera en que se reorganiza y se reorienta la estructura con el resto de las piezas de sus preguntas; es decir, la verdad en psicoanálisis siempre se encuentra articulada, siempre es verdad frente a algo en un momento determinado y si se presenta a posteriori fue verdad. (p. 94).

Para este autor, la verdad se produce en la intersección de diferentes planos: la pasión, la imaginación, la realidad del evento. Es en esta intersección en donde se produce un destello de que habrá sido verdad; sólo entonces un saber ya no puede ser desmentido. Este momento de verdad es el *insight*. Cuando Marie Langer se hace


la pregunta: “¿Y, por qué el psicoanálisis?”, con seguridad alude al insight al regalarnos la siguiente respuesta: “Porque sirve. Sirve para entenderse mejor a sí mismo y a otro. Sirve también para casi no mentirse más...” (Langer, 1981) ¿Es una ficción suponer que a consecuencia de un insight casi no nos mentiremos más?

Pero este momento del insight como momento de una verdad que ya no puede ser desmentida por el sujeto, no ha de reducirse a la sencillez que parecería insinuar si se aislara la frase de Freud de que “logramos hacer consciente al enfermo lo reprimido, su secreto, y así cancelamos el condicionamiento psicológico de los síntomas de su padecer” (Freud, 1906, p. 93). No se trata de una especie de triunfo de una verdad inconsciente sobre otra que hasta entonces se consideraba como tal conscientemente. Siguiendo a André Green, se trata de una compleja operación psíquica en la que el yo puede establecer conexiones al “ser capaz de reconocer la existencia de los procesos primarios de la razón subjetiva sin negar todo derecho a los procesos secundarios de la razón objetiva” (Green, 2001, pp. 34-35).

Lo que André Green describe como la condición necesaria y adecuada para establecer una relación entre dos partes al mismo tiempo reunidas y separadas. Estas conexiones por parte del yo, lo que Green denomina “proceso terciario”, han de ser flexibles “para formar hipótesis y conclusiones provisionales, y se deshagan para dejar espacio a otras que representen mejor la situación” (Green, 2001, p. 35).

Con ayuda del trabajo analítico, este proceso de conocimiento de verdades

parciales del sujeto, la conexión de dos verdades reunidas y separadas a la vez, posibilita un otro momento de verdad, de *convicción subjetiva* cuyo efecto en el sujeto no puede ser desmentido por éste, acaso porque al reconocer la existencia de los procesos primarios de la razón subjetiva no puede negar que eso también es parte suya, no puede seguir ocultándose la ambivalencia, lo que no lo exime de un carácter de provisionalidad hasta que otro momento posible de verdad represente mejor la situación.

Mahatma Gandhi se cuestionó: “¿*Qué es la verdad? Pregunta difícil, pero la he resuelto en lo que a mí concierne diciendo que es lo que te dice tu voz interior.*” Añadiríamos: lo que te dice tu voz interior en un momento determinado. 

Referencias.

Freud, S. (1897). Fragmentos de la correspondencia con Fliess [Carta 69]. En *Obras Completas Vol. I.* (págs. 311-322). Amorrortu editores.

Freud, S. (1906). La indagatoria forense y el psicoanálisis. En *Obras completas, Vol. IX* (págs.81-96). Amorrortu editores.

Freud, S. (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En *Obras Completas Vol. XX* (págs. 165-244). Amorrortu editores.

Green, André (2001). *De locuras privadas.* Amorrortu editores.

Langer, M. (1981). *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico.* Folios Ediciones.

Laplanche, J., Pontalis, J-B. (1993), *Diccionario de psicoanálisis*, Editorial Labor.

Manonni, M., (1965), *La primera entrevista con el psicoanalista.* Gedisa.

Tappan Merino, J.E. (2004), *Epistemología y psicoanálisis.* Editorial Universitaria Potosina.

Notas

1 El texto mencionado puede consultarse en el siguiente link: <https://mamvas.blogspot.com/2016/09/la-sociedad-europea-de-fisica-desmonta.html>

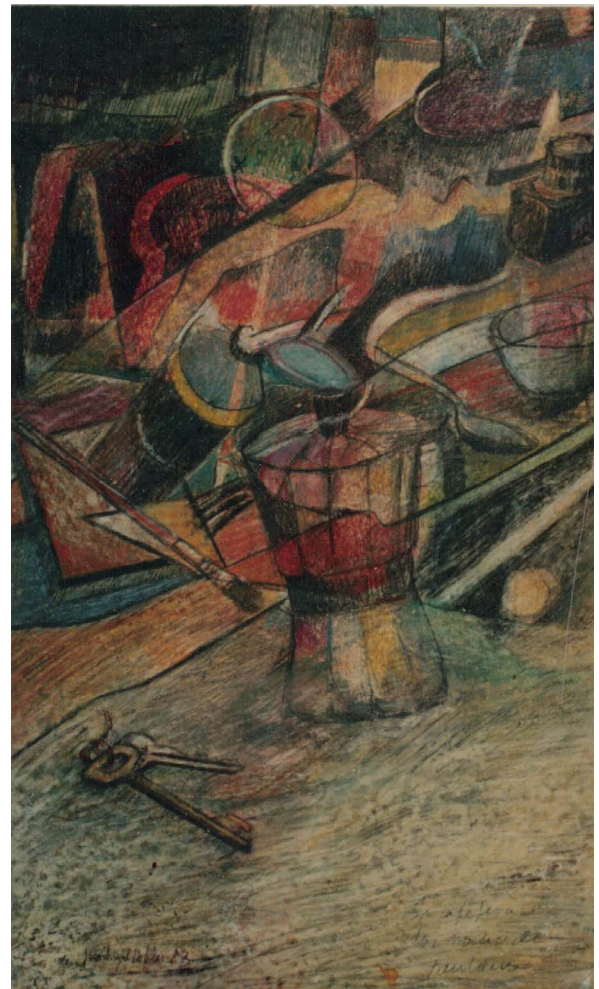
Pautas para pensar la localización del analista. Reflexiones a partir del libro *Localización del analista* de Manuel Hernández.

Este trabajo es para celebrarse, por la minuciosidad con la que ha sido elaborado y por la manera tan fina que va tejiendo un tema central de nuestro oficio: la tan comúnmente llamada “formación del psicoanalista”. Desde las primeras páginas, Manuel Hernández se sumerge apasionadamente –como suele hacerlo– en aquello que interroga su propia práctica, en aquello que lo convoca en su experiencia de psicoanálisis y que no deja de cuestionarnos a todos los que lo practicamos. Es el resultado de un trabajo de escritura de larga data.

Cómo se hace alguien psicoanalista es una pregunta que Manuel se plantea desde 2006 en su artículo de la revista *Me cayó el veinte* no. 29. Poco después, según rescato de mi memoria, convocó a un seminario de lectura serial de los seminarios de Jacques Lacan, y en particular, de *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis* (Seminario XI), como antecedente a la producción de esta investigación hecha libro. Después realizó dos seminarios: *Transformarse en analista* y *No hay análisis didáctico*, en el MUAC, en donde sigue hilando fino y puntualizando la importancia

AUTORAS

Ma. Alejandra de la Garza Walliser
Miembro Asociado CPM- CDMX
Raquel Aguilar García
Miembro Adscrito CPM-CDMX
Fecha de recepción: 05/06/2022
Contacto: alewal56@gmail.com



José Ángel Robles, *Sin título*, técnica mixta, ca. 1983

del análisis de quien vaya a ocupar el lugar y cumplir la función de psicoanalista. Hace tiempo Manuel hablaba de transformación del analista y ahora se trata de “localización del analista”. Reflejo en su tarea de investigar y

hacerse preguntas a través de un zoom crítico que busca señales, indicios y contextos para desentrañar los enigmas que han pasado a la historia no como algo enigmático o desconocido, sino lamentablemente como lugares comunes que pretenden nombrar lo estatuido, como un estado natural de las cosas. Esto es así porque siempre ha sido así.

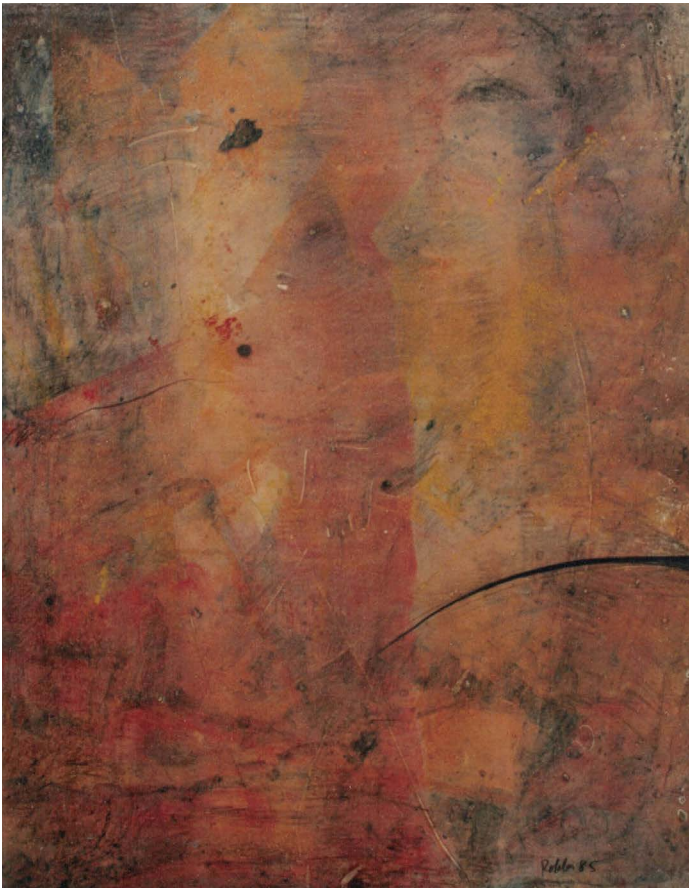
Pero resulta que no. Los orígenes, como ya lo señala Foucault, no son lineales y siempre están precedidos por fracturas, tensiones, desencuentros. Y en su narración, el autor nos lleva por esos laberintos, recorriéndolos en sus diferentes trazos: la formación teórica, el análisis personal, la supervisión, y las modalidades y dispositivos para el inicio de la práctica clínica acá son historizados y resignificados en el entramado de diferencias teóricas convertidas en luchas políticas al interior de la institución psicoanalítica.

Varias afirmaciones o fundamentos tomadas como verdades absolutas son de repente y forman parte de un caleidoscopio que va cambiando en diferentes momentos como expresión de cruces de coordenadas históricas sociales y culturales. Entre estas está la idea que sostiene durante largo tiempo la IPA (a partir de 1927) de que un requisito para ser psicoanalista es ser médico. El tiempo de las sesiones, la frecuencia de las mismas y el propio camino para transformarse como psicoanalista. Así nos enfrentamos a un proceso de rigidización donde lo más vulnerado es precisamente la transferencia. El famoso trípode propuesto por Eitingon (estudio teórico, análisis personal y supervisión) se convierte en su reglamentación y operatividad en un grave obstáculo para la transferencia desde el

momento mismo en que por ejemplo, el análisis del candidato ya no es un acuerdo entre analista y analizante sino que pasa a ser un convenio entre un candidato y un comité.

Hemos podido pesquisar, a los que nos gusta la historia del psicoanálisis, los momentos de su institucionalización: 1910 la importancia del congreso de Nuremberg, cuando Ferenczi propone la formalización de una sociedad psicoanalítica internacional, o en 1918 el congreso de Budapest donde Eittington propondrá una comisión y programa de entrenamiento para aquel que desea convertirse en psicoanalista, los textos de Roazen para acercarnos a la compleja relación entre discípulos y maestro, la cara política de un psicoanálisis a partir que convoca a la grupalización (necesariamente pese a efectos no tan benéficos), las cartas de Freud, tan prolifero en la comunicación y en esa escritura fluida que siempre nos seduce. A la fecha contamos con varias biografías de Freud que proporcionan un caleidoscopio para la comprensión del padre y fundador del psicoanálisis (sólo para mencionar las más recientes, la de Roudinesco y Makari), y si a esto le agregamos la publicación de textos inéditos de Freud, como las recientes editadas de manera bilingüe en Argentina, por Juan Carlos Consentino. Nos percatamos que tenemos un horizonte inacabable e inacabado para sacar las consecuencias de la invención del psicoanálisis y de su transmisión a lo largo de más de un siglo ya.

Todo este recuento es con el objetivo de subrayar la importancia del libro que presentamos, pues nos permite por un lado reflexionar sobre las distintas maneras de “formar” analistas y problematizar la



esencia de ese proceso, es decir el análisis del analizante que se posicionará como psicoanalista. Es un texto que hablando de historia no es de historia, que pudiendo mencionar una serie de documentos resalta de ellos en una seria referencia a los mismos lo que importa para su objetivo. Ni siquiera se habla de personas.

Este es para mí un gran mérito, pues supongo que no sin esfuerzo, se coloca en un lugar a distancia, reconociendo su implicación en el tema y su pertenencia, en ese entonces a L'École Lacanienne de Psychanalyse, y emprende la navegación como Ulises amarrado al mástil, pudiendo escuchar el canto de las sirenas sin ceder a su embrujo. Su meta es llegar a Itaca, es decir, hacer una lectura del funcionamiento de las comunidades psicoanalíticas y su

diferente manera de localizar la formación del psicoanalista. Citando al autor:

Se trata, entonces, de examinar los efectos de las líneas de fuerza que están activas en las diversas propuestas de formación psicoanalítica, aquellas que han avanzado desde Sigmund Freud hasta la salida de Jacques Lacan de la Sociedad Psicoanalítica de París (Hernández, 2020, pág.13).

El tema, el análisis del analista como núcleo central de alguien que se transforme en analista, sigue siendo de una actualidad más allá de lo percibido: ni en Freud ni en Eitingon —como lo desarrollará Manuel—, con sus diferencias relacionaron la formación del analista no solo con la necesidad del analizarse, ser sujeto atravesado por la experiencia de un análisis, sino menos aún, con el fin de análisis. En algún momento hace varios años, Marcelo Pasternac, quien fue miembro varios años del CPM y luego uno de los fundadores de L'École Lacanienne de Psychanalyse, en un seminario decía preocupado que “en nuestro entorno hay poco análisis”, refiriéndose a los que practican el psicoanálisis.

Esto tendrá alguna razón, será la repetición de algo no dicho, de algo que queda en el olvido resistente a la memoria y que solo se actúa sin asumir la responsabilidad de un legado que determina nuestra práctica. Este libro, nos muestra un espejo donde mirarnos sin duda cuando subraya las situaciones inusitadas, impensadas e inexplicables que llegaron a suceder sobre todo con la fundación del Instituto Psicoanalítico de Berlín y de la Policlínica donde se atiende a personas de bajos recursos y que marca

el inicio de la formación psicoanalítica internacional. Cuando vamos siguiendo la narración, y nos topamos con Eitington y su objetivo pragmático de crear un modelo de entrenamiento psicoanalítico y sus características, no podemos dejar de pensar en su famoso trípode: supervisión, teoría, análisis personal y la manera en que se fue instrumentando un espacio en el que lo que menos importaba era la transferencia y el análisis del candidato (se llegaba a plantear que con dos años era suficiente un análisis además requerido institucionalmente y sin dar crédito o espacio al deseo de analizarse y menos aún al analista con el que cada candidato quisiera analizarse).

Acontecimiento contundente que señalo para invitarlos a la lectura: Eitington y Abraham invitan a Hanns Sachs para ser el analista didacta en Berlín, de los nuevos candidatos, sin haberse analizado. Parte si de los orígenes, –podríamos argüir– pero estamos hablando de 1922 cuando ya había un consenso de que todo aquel que quisiera ocupar la función de psicoanalista primero tenía que ser analizante, tener la experiencia de un análisis. Es parte de los orígenes, pero es imperativo nombrarlos. Y luego Sachs analiza a Lowenstein y a Fromm... y a otros muchos. ¿Qué es lo que se va colando en esos análisis donde el analista no tuvo una experiencia de un análisis personal?

¿Cuándo se habla de la necesidad de un análisis personal? Primero Freud mencionaba que bastaba con analizar los propios sueños –esto en 1897 redactando su *Interpretación de los Sueños*– y sin duda los sueños constituyeron una parte fundamental de ese análisis. Analizar los propios sueños como vía para convertirse en

analista fue la posición de Freud hasta 1910 aproximadamente. Después el auto análisis de sí:

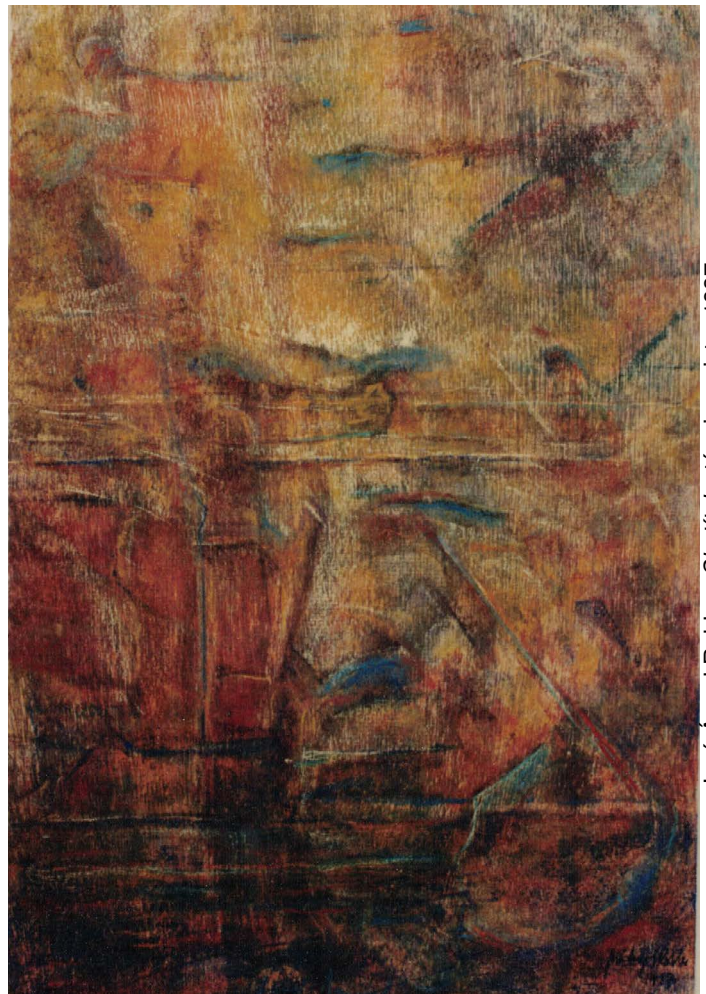
cada psicoanalista solo llega hasta donde se lo permiten sus propios complejos y resistencias interiores, y por eso exigimos que inicie su actividad con un autoanálisis y lo profundice de manera ininterrumpida a medida que hace sus experiencias con en los enfermos (Freud, 1910, p. 136).

En varias ocasiones expresó las limitaciones de un autoanálisis por una interpretación incompleta. En 1912 la propia experiencia lo lleva a afirmar que si alguien quiere devenir psicoanalista “debe someterse antes a un análisis con un experto” (Freud, 1912. p. 116). Sometimiento tanto para analista como analizante. Claro que en este mismo texto Freud opina que quien pretende convertirse en analista es alguien prácticamente sano y que por lo tanto queda en cuestión que termine su propio análisis. Como estas afirmaciones se han filtrado en la práctica ameritan una profundización que ya inicia Manuel en este trabajo. Pero lo importante es que ya en 1912 Freud marca la vía para la formación del psicoanalista: acudir a análisis con un analista. Un quiebre una fractura como otras tantas sobrevendrá con la consolidación de la IPA y la influencia de personajes como Eitington y Jones por ejemplo.

Acá sobresale, la institucionalización normativa y sus efectos, pero más aún en el devenir de los acontecimientos –que no dejan de marcar el devenir– poner a Hanns Sachs, como analista didacta, o bien plantear que la primera exigencia es abordar

los textos teóricos para luego empezar un análisis. Acontecimientos que requieren ser nombrados y que aunque –insisto– son historia del pasado, sus resonancias con el presente son múltiples y diversas. Posicionarse como analista desde la teoría, desvalorizar el análisis personal o meterlo en la dinámica de la inmediatez con juegos diversos que promueven trampas del propio inconsciente. No son pocas las veces en que escucho decir después de 3 o 2 años de análisis que ya se vivió la experiencia del fin de análisis, o bien años infinitos en el diván sin haber tenido análisis, o bien análisis interrumpidos por resistencias y actuaciones de los propios analistas que muestran en esa superficie nebulosa “que su análisis y permanencia en el diván no ha terminado”. Con esto quiero subrayar que la insistencia en este tema, es una responsabilidad ética con la propia práctica así como de la comunidad psicoanalítica. Pues en este campo, quien esté libre de los efectos institucionales que tire la primera piedra.

Hace días en redes sociales un colega y amigo, miembro de L'École Lacanienne de Psychanalyse, compartió un texto muy interesante: Cuarteles NO, Erik Satie¹. Se relata ahí cómo el Erik Satie no atacaba a Debussy, sólo a los debussianos. No existe una escuela Satie, ya que en el arte no puede haber esclavitud. Menciona Satie que siempre se esforzó en descaminar a los seguidores, en el fondo y en la forma, de toda obra nueva. Es la única manera para un artista de evitar convertirse en jefe de escuela; es decir, en vigilante. Y es que entre los músicos encuentra que están los poetas y los vigilantes.



José Ángel Robles, Sin título, técnica mixta, 1987

En el mismo texto, las palabras de Satie sirven como preámbulo para una breve entrevista con Giles Deleuze, precisamente rechazando desear tener discípulos... o hacer escuela.

Deleuze no quiere discípulos, ni ser maestro, ni hacer escuela... Prefiere encontrarse con solitarios que retuercen las nociones a su manera, que se sirvan de ellas con arreglo a lo que necesitan... Eso son nociones de movimiento, y no nociones de escuela.

Sí. Me parece que en este lugar se coloca Manuel en su libro, en este grupo de solitarios que se preguntan y no temen cuestionar a los pioneros. Y acá logra

vincular su pertenencia a la Escuela con ese movimiento crítico y oxigenante.

Retomo al autor al subrayar la importancia de poner en el centro de esta problemática el análisis del analista: Si la transferencia es el alfa y el omega del análisis, ¿En qué consiste ese omega? Hay diferentes posiciones al respecto, pero la pregunta fundamental sigue versando sobre lo que ocurre después del final en aquel que se ha sometido a un análisis durante tan largo tiempo.

¿Portará consigo a su analista gracias a una introyección? ¿Se convertirá el psicoanalista en un objeto interno bueno que opere como nuevo superyó? ¿Una identificación lo va a eternizar en la vida

del que fue su analizante? ¿Acaso no hay posibilidades de liberarse del analista.

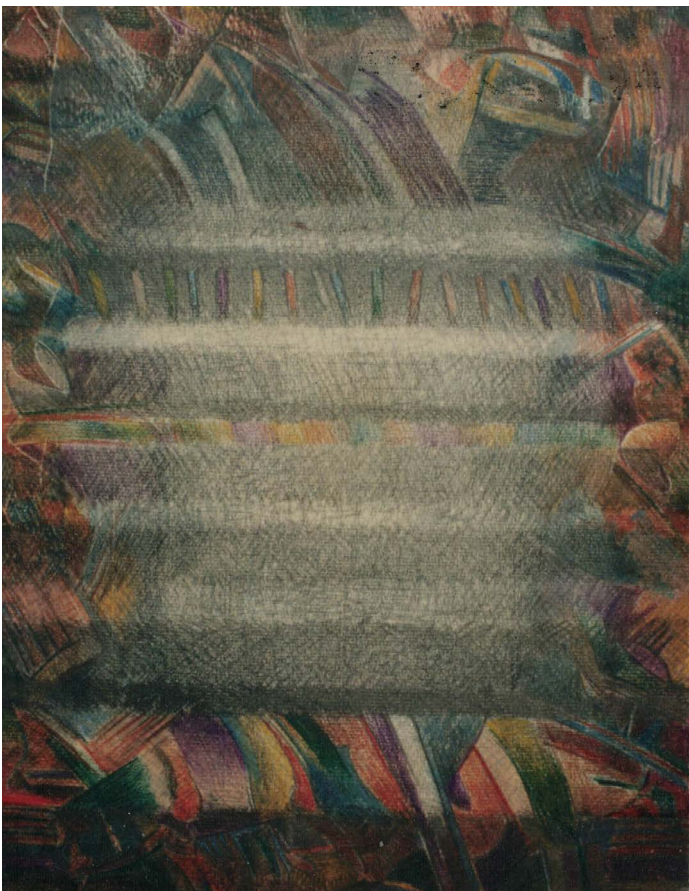
Al final del análisis, ¿Es un factor de perpetuación del analista o debería ser en cambio la efectuación de su desecho? (88)

Ma. Alejandra de la Garza Walliser

El libro de Manuel Hernández responde a inquietudes por las que el estudioso del psicoanálisis probablemente ha reparado, por mencionar algunas ¿Cómo alguien que termina los créditos una maestría en psicoterapia psicoanalítica se anuncia como “psicoanalista” al día siguiente en Facebook? ¿Por qué una institución que ofrece formación como psicoanalista dice que ésta no tiene que ver con lo académico, no obstante, solicita a los aspirantes contar con alguna licenciatura? Es decir, ¿Tiene o no que ver? Sin duda el paso por los textos de Freud y por distintos espacios de transmisión y discusión arrojan luz sobre estas interrogantes. No obstante, resulta difícil renunciar a la fantasía de que haber contado con el libro de Manuel Hernández podría habernos ahorrado algunos vericuetos institucionales y quizá encaminado hacia otros síntomas. Como sea, henos aquí.

Una buena noticia: en *Localización del analista* no encontraremos falacias de autoridad tales como “porque lo dijo Lacan” ni se apela a otro tipo artificio que deje al margen el rigor argumentativo. El autor prescinde de una jerga engorrosa, en su lugar, y con un lenguaje lúcido y ameno, entabla un diálogo con una variedad de lectores, dirigido a analistas pero que, a mi ver, no se reduce a

José Ángel Robles, Sin título, técnica mixta, 1984



ellos. Manuel Hernández no emplea frases gastadas como: “algo pasa” o “x o y no es análisis” –a secas, sin una palabra más– como si la convicción con la que la frase es proferida alcanzase para sustituir el argumento que no vendría mal que la acompañara.

Este libro no es una apología explícita a determinada línea de trabajo. A mi juicio, el autor presenta los textos y su lectura de ellos por supuesto, pero permite que el lector saque sus propias conclusiones.

Como sea, no me detendré en el trabajo puntual de décadas que Manuel tiene en los textos. Claramente retoma a Freud y a otros autores para destacar el análisis como el pilar de toda formación que se emprende con seriedad y ética pero evita caer en lugares comunes como apelar a la vivencia de haber transitado por un análisis para poder elevar al otro al grado de su interlocutor. En otras palabras, apuntar que los caminos del psicoanálisis (como saber, conjunto de conocimientos o teoría) son inexorables para aquel que no ha pasado por un diván. Claro, la experiencia de un análisis puede abrir posibilidades radicales al sujeto, sin embargo, el libro de Manuel Hernández no se reduce a una invitación a analizarse sino que apuesta a la discusión argumentada.

Cada uno de los capítulos del libro ofrece estimulante material para trabajarse en un seminario o en un coloquio. Sin embargo, en lugar de continuar desplegando la lista de cualidades del libro, me dirijo al tema que me resulta más provocativo en el libro: las redes clínicas.

Las redes clínicas

Al principio de *Localización del analista* encontramos una frase que resonó varios días en mi cabeza: “las redes clínicas son lugares donde se experimenta con los pobres”.

Considero que el autor señala un punto central: ¿Cómo se juega el quehacer del analista en formación cuando responde a la institución que lo forma y al mismo tiempo a una demanda social? No obstante, me pregunto ¿Qué pasa cuando alguien no puede pagar quinientos, mil pesos o más por una sesión de análisis simplemente porque eso equivaldría a la mitad de lo que gana para vivir? Se me responderá que hay analistas que no tienen honorarios fijos. Sí pero ¿Quién? ¿Cómo llegar con ella o con él? Si bien el tema del dinero plantea toda una problemática que gira en torno su lugar en un análisis, sobre todo concierne a la discusión del analista en formación que participa en una red clínica.

¿Qué pasa con aquel que cosas tan básicas como la salud y la educación sólo le han sido accesibles a través del Estado? La mera aproximación al psicoanálisis como posibilidad de escucha puede configurarse como privilegio. Que los consultorios de analistas se concentran en tres de las zonas más caras para vivir de las Ciudad de México puede abonar a la discusión.

Para seguir pensando este tema valdría la pena emprender testimonios de personas que han atravesado un análisis por una red clínica. ¿Esas vidas que “penden de un hilo” como dice Manuel Hernández “sí y sólo sí” podrían llegar a buen puerto con un analista experimentado?

Si el psicoanálisis es la clínica del caso por caso, a mi juicio, valdría la pena ir con cuidado a la hora de usar algún elemento como carta de presentación del analista. ¿Podría ser que las marcas del narcisismo de las pequeñas diferencias en el analista son las décadas de experiencia, su analista y la ubicación de su consultorio?

Tengo claro que la situación es compleja y que es importante seguir planteándose preguntas al respecto. Sin duda es posible que ciertas instituciones operen bajo el seudo negocio piramidal de la formación analítica endogámica: “venga, analícese usted y a otros (aquí se los conseguimos), supervise también, todo con nosotros, y en el mismo paquete”. No obstante ¿qué pasa con las redes clínicas dirigidas a personas de escasos recursos? Si se trata de un compromiso social ¿Los integrantes más experimentados de una institución participan en la red clínica? Porque si la respuesta es no ¿se trata acaso de que el tiempo de un analista experimentado es un valioso recurso que no vale la pena emplearse en personas de escasos recursos? Si ese es el caso entonces Manuel Hernández tiene razón y la red clínica estaría pensada para practicar con pobres.

Manuel Hernández apunta que la gestación de la IPA porta un sello elitista que excluye cualquier democracia igualitaria y nos surge la interrogante de si algo de eso no se juega en el dispositivo del pase cuando se solicita que aquel que busque ocupar el lugar del analista pueda comprar uno o dos boletos de avión para ir hacer su pase a otro país con todo lo que eso conlleva: hablar en una lengua extranjera, liquidez para viajar, entre otros.

¿Cómo sortear la lógica capitalista, cuando las comunidades psicoanalíticas no están exentas de recursos económicos para sostener sus publicaciones, sus seminarios, sus libros? Como sucede con tantas preguntas, no tenemos la respuesta, sin embargo, es preferible estar de lado donde cabe plantear la pregunta y bordear la respuesta.

A nuestro ver, el método de trabajo de Manuel Hernández tiene algo de foucaultiano va a los textos para que ellos hablen por sí mismos y explora las condiciones de posibilidad del análisis didáctico, las implicaciones políticas del requisito de que el candidato sea médico y cuestiona la medicalización del psicoanálisis. En esta lógica de trabajo, un reglamento, un manual,




José Ángel Robles, *Sin título*, técnica mixta, 1987

unas cartas pueden ser más reveladores que lo plasmado en una conferencia o en los textos más célebres.

Considero que este libro se convertirá en una referencia básica a la hora de preguntarse cómo se llega a ocupar el lugar del analista. Los que se plantean formarse como analistas contarán con un panorama general de la complejidad y lo problemático de determinadas propuestas de formación analítica. Para bien o para mal, no hay caminos que no sean cuestionados por la institución o escuela de a lado. Los que ya se colocan como analistas pueden encontrar elementos históricos curiosos pero fundamentales (en el amplio sentido de la palabra).

Manuel Hernández plantea preguntas que algunos integrantes de institutos del psicoanálisis prefieren evitar. A mi ver, el Círculo Psicoanalítico Mexicano no ha salido indemne de algunos de esos cuestionamientos, pero hoy la enfrenta privilegiando el diálogo y la escritura. ¡Enhorabuena por la interlocución, así, de frente y con argumentos! La descalificación *ah hominem* entre cuchicheos se queda ahí, en los pasillos... o en remotos espacios de redes sociales.

Localización del analista es un dar cuenta de la historia de la llamada formación psicoanalítica pero también es la oportunidad para reflexionar sobre la importancia de la discusión con otros, del trabajo exhaustivo de los textos y sobre todo, parafraseando a Freud, de interrogar a nuestros demonios antes de que partan. 

Raquel Aguilar García

Referencias

Freud, S. (1910). Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica. En *Obras Completas Vol. XI* (págs. 129-142). Amorrortu editores

Freud, S. (1912). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras Completas Vol. XII* (págs 107-119). Amorrortu editores

Hernández, M. (2020). *Localización del analista. La formación psicoanalítica de Freud a Lacan*. Litoral editores

Notas:

1 El texto mencionado por la autora, fue publicado originalmente el 31 de marzo del 2020 en el blog Calle del Orco. El texto puede consultarse en el siguiente link:<https://callelorco.com/2020/03/31/cuarteles-no-erik-satie/>

Louise (Lolja) von Salomé: creadora de sí misma

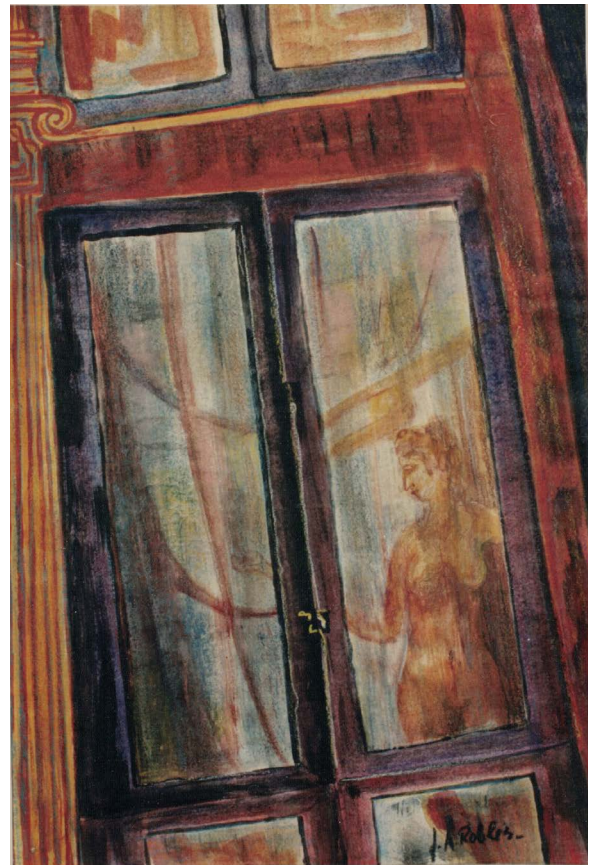
“¿Por qué si el objeto amado tan frecuentemente se nos compagina en tan pocas cosas... entonces todo debe venirnos de él? ... dicha y tormento son lo mismo en las más intensas y creativas experiencias de nuestra vida: el hombre [ser humano] que crea.”

Lou Andreas-Salomé
El Erotismo (1910)

¿Qué es lo que hace a las almas encontrarse o desencontrarse? Revisar la biografía de Lou Andreas-Salomé¹, y no su vida sexual, no sus dotes físicas, sí la palabra, la escritura hecha caricia que prodiga a la distancia la alegría de vivir y de ser copartícipe directa de las creaciones de la Viena de su tiempo, es la expectativa de este texto. Librepensadora y literata, llegó a las enseñanzas de la teoría freudiana en 1911 –a sus 50 años– hasta convertirse no solamente en la “poeta del psicoanálisis” para Sigmund Freud, sino en la confidente a quien, el 11 de mayo de 1935, hubo de expresarle algunas de sus melancolías: “llegó un estado de total desilusión cuya esterilidad es comparable a

AUTORA

María Adriana Ulloa Hernández
Formanda CPM- CDMX
Fecha de recepción: 13/02/2022
Contacto: adriana_ulloa@yahoo.com



José Ángel Robles, *Sin título*, técnica mixta, ca. 1990

una edad de hielo interior ... Tal vez el fuego central no está todavía extinto ... y si hubiera tiempo, una nueva erupción pueda ocurrir” (Freud & Andreas-Salomé, 1975, p. 215 - 216)

Lou fue un alma sola aun en compañía y dedicada a crear, no a salvar la vida de persona alguna, pero hasta al final de su

vida expresó a su amigo, biógrafo y editor, Ernst Pfeiffer, no haber sabido “hacer felices a los hombres” que la amaron.

¿Paul Rée, Friedrich Nietzsche, Carl Andreas, Viktor Tausk y su “Rainer” por ella así nombrado, aun cuando cada uno de ellos fue responsable de sus propios tormentos? Lou A-S se acompañó de Rainer María Rilke entre 1897 y 1900 quizá, de la manera más afín a ella y a sus tesis sobre el erotismo y el narcisismo positivo, según se mira entre líneas en los escritos de ambos en ese periodo. En 1904, Rilke le dedicó su *Libro de Horas* (que en palabras del autor fue “depositado en las manos de Lou”): “Con voz fuerte vivir, en voz baja morir / dijiste; y repetías siempre: ser”. Así escribe ella:

La pasión amorosa... real y objetiva
asunción del otro... es nuestra más
profunda entrada en nuestra pluriforme
soledad... todo amor es acción
creadora, gozo de crear ocasionado
por la persona amada pero no a causa
de ella, sino por y a causa de sí.
(Andreas-Salomé, 2003, p. 47)

Y en Rilke se lee:

Pues ha amado y ha vuelto a amar en su soledad; siempre con el derroche de todo su ser y con un miedo indecible por la libertad del otro ... ha aprendido a atravesar el objeto de su amor con los rayos de su sentimiento, en lugar de dejar que se consumiera en ellos. Y estaba mal acostumbrado por el arrobo de adivinar a través de la figura cada vez más transparente de la amada la lejanía que ella abría a su infinita voluntad de posesión. (Rilke, 2016, p. 137).

Musa de sí misma y co-creadora: “me inspiraste vida, y yo precisaba de ello con más urgencia de lo que te das cuenta”, le escribió a Rilke tras su último encuentro en Múnich, antes de que él perdiera la vida a los 51 años en 1926. En *El narcisismo como doble dirección* (1921), Lolja hizo del narciso femenino una metáfora, la cual parece haber evocado en cada relación de pareja y de amistad que estableció. Sigmund Freud convidó a Lou a visitarle reiteradamente en su casa (y ella también fue, a decir de Elisabeth Roudinesco, supervisora y mediadora del análisis de Anna –de quien fue confidente– con su padre). Y Salomé, no salía de Viena sin registrar en sus diarios, sus felices visitas y los gestos de bienvenida o despedida de Sigmund: tulipanes rosas y lilas pálidos en su casa, o rosas rojas encendidas que le enviaba al hotel donde se hospedaba. “Su Freud”, así le escribió las mismas flores sobre su texto *Anal y Sexual*, el cual hizo publicar en la revista *Imago* en 1916, además de citarlo al menos dos veces. Ambos psicoanalistas sostuvieron una conversación exquisita y no menos cifrada, en que cocrearon –en parte– el trabajo del otro, y algunos fragmentos de la escritura de ambos lo traslucen así:

el hijo puede concebirse como prueba de amor, como regalo. Los tres, columna de caca, pene e hijo, son cuerpos sólidos que al penetrar o salir excitan un tubo de mucosa (el recto y la vagina, que, según una feliz expresión de Lou Andreas-Salomé, le ha tomado terreno en arriendo) (Freud, 1917, p.123).

En una de sus obras fundantes de la teoría psicoanalítica –sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905)– acotada 15 años después, Freud reconoció la valía del

trabajo teórico de Lou, cuya reflexión profundizó en la concepción de las implicaciones ya no solo individuales sino humanas universales de las prohibiciones del erotismo anal. Al respecto Freud escribe:

En un trabajo que ahonda extraordinariamente nuestra comprensión de la importancia del erotismo anal, Lou Andreas-Salomé (1916) consigna que la historia de la primera prohibición que recibe el niño, la prohibición de ganar placer con la actividad anal y sus productos, es decisiva para todo su desarrollo (Freud, 1905, p.170).

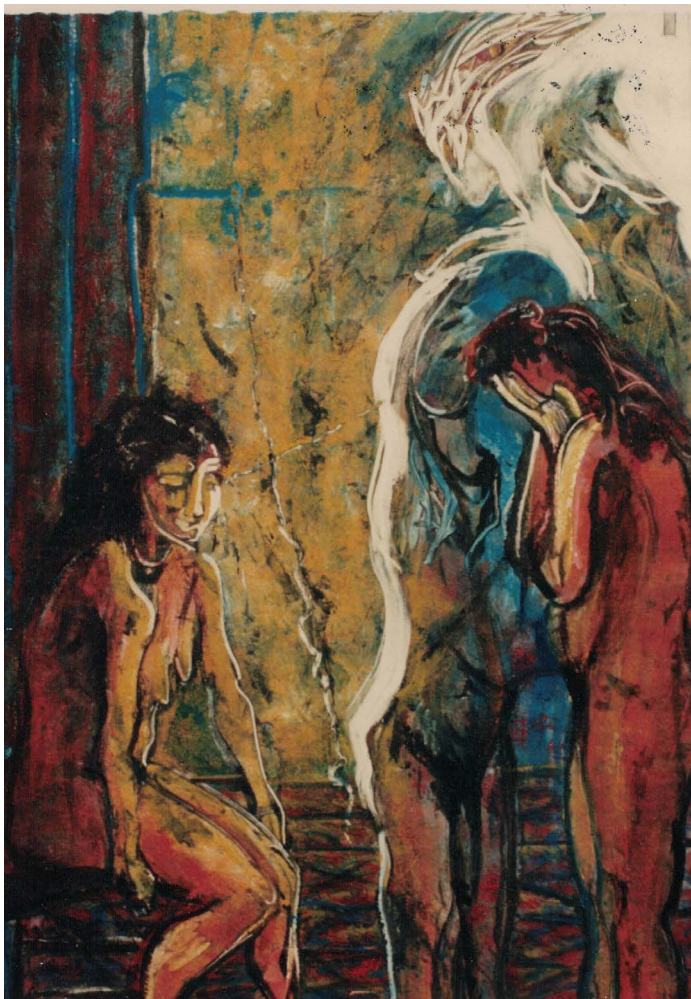
Sigmund supervisaba algunos de los casos clínicos de Lou, quien fue lectora incansable de la obra freudiana y, en su

correspondencia con *Herr Professor*, consta cómo ella recibía infaltablemente cada nueva publicación de él, y cómo lo interpeló acerca de la teoría psicoanalítica y de su aplicación, a partir del análisis de sus pacientes y en sus escritos.

En 1918, “Lou Andreas”, así firmante, invita a Freud a discutir por carta una conferencia suya de 1913 sobre el problema de la elección de la neurosis obsesiva, refiriéndose a dos pacientes suyas con síntomas histéricos mezclados con los obsesivos: desde la infancia eran ya histéricas en su comportamiento, y una de ellas había mudado hacia la neurosis obsesiva “duplicando” la histeria a partir de múltiples formaciones reactivas, incluida la inversión de juicios: siendo histérica se sentía “violada” por el destino, y como neurótica obsesiva, con una acusación inconsciente y sintiéndose culpable por haber sido victimizada:

En ambos casos, mejorías evidentes fueron acompañadas de una especie de regresión a la histeria, como si el resultado final solo pudiese ser alcanzado a través de la vuelta a la neurosis original ... ¿Puede ser que los síntomas histéricos y obsesivos, especialmente del tipo más blando, pueden aparecer mezclados, y que esas neurosis son frecuentemente difíciles de delimitar con exactitud en la práctica? (Freud & Andreas-Salomé, 1975, p. 105).

Freud le respondió a Salomé, dos meses después del 17 de febrero que data la carta citada, el 21 de abril de 1918, que la histeria puede ser sucedida por la fuerza intelectual del yo, y de la misma manera, la represión podría dar paso a la regresión, dada una lucha de tendencias ambivalentes



José Ángel Robles, Sin título, monotipo sobre papel, 1990



en que la precocidad de la libido es sustituida por la inteligencia, allí donde fuerzas caóticas y oscuras intervienen:

Usted está enteramente cierta y, lo que ha descubierto, es una de las maneras por las cuales la precondición de la histeria produce la precondición de la neurosis obsesiva... Esta hipótesis es confirmada por el hecho de que las expresiones espontáneas de la neurosis obsesiva surgen en un estadio de la infancia (6-8-10 años) más tardío que las de la histeria (2-4-6) (Freud & Andreas-Salomé, 1975, p.106.)

La publicación previa de Andreas-Salomé, *Anal y Sexual*, lo sintetizaba de esta manera:

“Según la concepción de Freud... las fuerzas más valiosas y prohibidas dependen necesariamente unas de otras... se juntan y soportan mutuamente... contienen secretamente, en su eterno fluir, el principio y el fin de un círculo irrompible” (Andreas-Salomé, 1982, p. 74).


El 9 de mayo de 1920, Freud escribió a Lou: “Estoy impaciente por volver a tener un trabajo suyo... Es usted tan desmesuradamente modesta como escritora.” (Freud & Andreas-Salomé, 1975, p.136). Irónicamente, tras el deceso de Lou, a sus 76 años y aquejada de diversas dolencias producto de su diabetes –la falta de visión entre ellas–, en una corta nota necrológica, Freud (1937) describió cómo la “profunda inteligencia” de Lou atrajo sus vínculos amistosos con Nietzsche y sentimentales con Rilke, sin dejar de aludir a las “osadas ideas del filósofo” y al desfavorecido poeta, “hombre bastante desvalido en el vivir” que requirió de Lou como “musa [y] madre solícita... pero en lo demás, su personalidad permaneció en las sombras” (Freud, 1937, p.299).

¿Omitió Freud en lo público lo que encomió “en lo privado”? ¿Innegable ambivalencia frente a la figura de Louise, en sus propios términos?² En esa nota, no reivindicó obra alguna de Andreas-Salomé, tampoco lo que significaron sus aportes para él como creador del método psicoanalítico (fuera de que el ingreso de Lou a las “filas” de colaboradores del psicoanálisis, fue una “nueva confirmación del contenido de verdad de las doctrinas analíticas”). La enaltecía en su dignidad humana, pero no así alguna de sus obras y conversaciones eruditas que mantuvieron por 24 años desde 1912.

¿Habría sido insuficiente para Freud ser motivo de pensamiento de Louise, pero no así objeto de su elección amorosa? A cambio, ella le escribió infaltable en vísperas de su cumpleaños, el 4 de mayo de 1935: “Si al menos pudiese ver por diez minutos su rostro, el rostro paterno que ha presidido mi vida” (1975, p. 270-271), a “Su viejo Freud” como él firmó su respuesta 12 días después.

Stefan Zweig, cuando escribió *24 horas en la vida de una mujer* (1927) apeló a momentos y personas que cambian nuestra existencia y nos convierten en quienes somos: Freud y el psicoanálisis fueron un parteaguas en ambos escritores. Lou también decantó ser y pensamiento de sus acompañantes de vida. Mujeres de Viena, del planeta, en tan pocas existencias recordadas y que siguen cargando al mundo con más de la mitad de su mundo. ¿Cómo actuar sin detrimento de sí mismas? ¿A dónde les lleva su cuerpo, adónde llevarían su ser? ¿A amar su esencia, o a amar sus talentos y logros? ¿A ser para poder escribir, o a escribir para ser en soledad?

Luiza A-Salomé, musa y creadora de sí misma como escritora y como mujer, compositora de los personajes de sus ficciones como de su realidad, madre de sí misma y firmante de su vida, tal como Freud, padre de sí mismo en su “auto-análisis original”. Inspiró la pasión del filósofo, el amor del poeta, y sostuvo la mirada del psicoanalista; del pastor al profesor de lenguas, desposada sin desposarse ni desposeerse... no con ellos; no solo Dios sino todo asomo de superioridad humana quedaron fuera de sí tras la muerte de su padre. ¿Compartió una vida o departió instantes? ¿Re/partirse en y por los seres amados, o vivir por y para sí? Salomé des-encadenó su creatividad

artística y psicoanalítica; labró un camino de intercambio de felicidades intelectuales, entre el regazo de sus palabras y la distribución diaria de placeres solos. Elevó su obra y el poder ser-hacer de las musas y de sus “musos” en conversaciones incesantes: un pedazo de cada personaje por ella exaltada, belleza y creación entre sus manos. Narcisa positiva, Andreas-Salomé fijó en Rilke y Freud, su más honda mirada retrospectiva: “Narciso que contempla amorosamente su reflejo (triste, como lo quiere la leyenda, únicamente cuando lo exige su neurosis), y junto a aquel otro narcisismo... [que] se engendra en sí mismo ... aquel que sabe de sí mismo.” (Andreas-Salomé, 2001, p. 101).

Referencias

- Andreas-Salomé, L. (2003). *El erotismo*. Calamvs Scriptorivs.
- Andreas-Salomé, L. (1982). Anal y sexual en Andreas-Salomé, L., *El narcisismo como doble dirección: Obras psicoanalíticas*. Tusquets.
- Andreas-Salomé, L. (2001). *Aprendiendo con Freud: Diario de un año, 1912-1913*. Laertes.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas Vol. VII* (págs. 109-224). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1917). Sobre las transposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal. En *Obras Completas Vol. XVII* (págs. 113-123). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1937). Lou Andreas-Salomé. En *Obras Completas Vol. XXIII* (págs. 299-300). Amorrortu editores.

Freud, S. & Andreas-Salomé, L. (1975)
Correspondência completa. Imago editora.

Rilke, R.M. (2016). *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. Epublibre. https://www.academia.edu/73755820/Rainer_Maria_Rilke_Los_apuntes_de_Malte_Laurids_Brigge_trad_Juan_de_Sola_.

Notas

1. Luiza Gustavóvna Salomé, traducido del ruso al español, a quien bautizaron con los nombres de su madre y padre, respectivamente. Lolja, como le decían de cariño cuando niña, a la escritora y psicoanalista que conocemos como Lou (Louise) Andreas-Salomé, quien adoptó el apellido de su marido, Carl Friedrich Andreas desde 1887, con quien permaneció casada hasta la muerte de este en 1930. Aquí referida también abreviadamente como Lou A-Salomé, o Lou A-S.

2. Ambos interlocutores mantuvieron correspondencia hasta mayo de 1936, un año previo al deceso de Lou, y en el que ambos reiteraron su imposibilidad física y de salud para volver a viajar y verse como años atrás. Aquí, tres ejemplos del alto nivel de intimidad que “Su viejo Freud”, como firmó en su penúltima carta, se expresaba con “Suya, Lou”:

a) Carta de Freud a Lou Andreas-Salomé fechada el 2 de marzo de 1913:

Ud. nos mima con una comprensión más allá de lo expresado, sacando siempre acertadas conclusiones... nos asalta la tentación de no aceptar tantos mimos para no vernos después privados de

ellos. Pero sería comprensible el que uno se dejara arrastrar por el disfrute del presente olvidando las necesidades consecutivas que se harán sentir en el futuro.(Freud & Andreas Salomé, 1975, p. 25).

b) Carta de Freud a Lou Andreas-Salomé fechada el 18 de noviembre de 1915:

Su manuscrito llegó y está ahora en manos de los editores... [Anal y Sexual, 1916] es la mejor cosa que me ha dado hasta el día de hoy. Tanto su sutileza en la comprensión como su impresionante capacidad de síntesis a partir del material que selecciona en su investigación encuentran una admirable expresión. (Freud & Andreas-Salomé, 1975, p. 54).

c) Carta de Freud a Lou Andreas-Salomé fechada el 11 de mayo de 1927:

¡Mi querida e indómita amiga! Leí su felicitación de aniversario con la misma sensación que se tiene, sentado al lado del fuego, en invierno, refugiado en su calor. Como si se tratara maravillosamente de un marido y una mujer, él, diez años más viejo y, ella, diez años más joven que yo, y ambos gustaran todavía del sol ... Siento saber menos de usted ahora. ¿Qué nuevas prendas de la vida trae consigo? Yo, en gran parte, cosas negativas, pérdidas, también de personas, de quienes algún día poseímos una parte... Su Freud. (Freud & Andreas-Salomé, 1975, p. 215).

Pasolini, lector de Sade en *Saló o los 120 de Sodoma*

El “divino marqués”, como nombran André Breton y los surrealistas a Donatien Alphonse François de Sade, “es complicado, atrevido y hasta pretencioso” (Rincón 2004, p.9), pero al mismo tiempo, según Apollinaire (2007) en otra obra consagrada al marqués, “era sensible a la poesía, y en *Les Crimes de l’amour* se encontrarán testimonios de su gusto por el lirismo de Petrarca” (p.8). A punto de cumplir dos siglos desde que en 1785 el marqués de Sade creó la novela *120 días de Sodoma o la escuela del libertinaje* en la Bastilla, nace la adaptación de este escrito en una película que suscitó contradictorias críticas: *Saló o los 120 días de Sodoma*, del cineasta italiano Pier Paolo Pasolini, filme de 1975.

La novela del marqués escrita en plena efervescencia previa a una revolución en la Francia absolutista y monárquica de 1789, le fue incautada en la torre “Libertad” de la Bastilla donde fue recluido en 1783 por deudas, orgías, envenenamientos, en suma por su vida de corrupción (Apollinaire, 2007, p. 10). En esta fortaleza carcelaria, Sade pasará a la historia como un prisionero célebre aún cuando ya no estaría en el momento crucial

AUTORA

Ma. Antonia Reyes Arellano
Miembro Asociado CPM-SLP
Fecha de recepción: 16/07/2022
Contacto: ma.reyes.are@gmail.com



José Ángel Robles, *Sin título*, técnica mixta, 1989

de la toma revolucionaria de la Bastilla el 14 de julio de 1789, por un evento que Rincón (2004) describe: el 2 de julio, el marqués “grita por una ventana de la Bastilla que allí se degüella a los prisioneros y eso hace que sea trasladado a Charenton, eso hace que cuando el pueblo tome la Bastilla (14 de julio) no se encuentre allí” (p.21). Después de Charenton, el marqués seguiría prisionero igualmente en otros lugares de Francia hasta su muerte en 1803 a los 75 años de edad.

En ese emblemático lugar, se recluía a los hombres “sin juicio, a los desjuiciados” así



nombrados porque no era necesario el juicio obligado. Era suficiente una carta firmada por el Rey. En tiempos de Sade, los desjuiciados denominaba igualmente a los asesinos, violadores, ladrones, a los embrujados, los subversivos y revoltosos, a los opositores a la monarquía, a los incipientes revolucionarios y a un libertino “dulce” marqués quien, cita Appollinaire, “a veces lloraba y exclamaba, en un principio de arrepentimiento inconcluso: ¿Por qué seré tan horrendo? ¿Pero por qué el crimen es tan encantador?” (Pitou, citado por Apollinaire, 2007, p.17).

Pasolini, el pintor de imágenes.

Para algunos críticos de cine, Pasolini fue considerado tanto un gran provocador como un gran artista de la imagen. Con Saló o los 120 días de Sodoma, de 1975, el cineasta escandaliza a un público italiano dividido por una agitación social y política marcada por ideologías de extrema izquierda y de extrema derecha; era la época que luego fue llamada los “años de plomo” en Italia como se da cuenta en la enciclopedia online Wikipedia (Años de plomo (Italia), 2022).

En ese escenario convulso, Pasolini dirige y lleva a la pantalla los 120 días de Sodoma o la escuela del libertinaje de Sade con imágenes y personajes fieles a la novela del marqués pero adaptados a la época. Así, la sucesión de imágenes de torturas y castigos sodomitas, de orgías, de escasas rebeldías y abundantes sometimientos, Pasolini a semejanza de Sade lleva sutilmente, o digamos mejor dicho, traslada sádicamente al espectador a paroxismos contradictorios que llevan a más de un espectador a cubrirse, cerrar o desviar las miradas.

Algo que sorprende de este cineasta, es el jugueteo del contraste. Paradójico sistema entre apacibles y delicados paisajes, vales, preludios de Chopin, la elegancia y el buen decir de los educadísimos notables personajes centrales del filme: el Obispo, el Magistrado, el Presidente y el Duque, en discordancia con los actos sodomitas, las degustaciones de los “delicados manjares” de los intestinos, las torturas y el flagelo. Contraste que, al más puro estilo sadiano, hace del vulgar libertinaje, el más *delicado refinamiento encarnado en el lazo misterioso fraguado entre el verdugo y la víctima*,



como se escucha en una frase del filme. Y como ésta otra: ¡El límite del amor es tener siempre necesidad de un cómplice! que grita el Duque bajo las faldas y el orín de la damisela. Grito parecido a un reclamo exigente. Es el contraste, otra vez, de ese paradójico sistema revelado en el marqués de Sade que Pasolini comprende bien.

Dijo alguna vez Ángel Pitou de Sade:

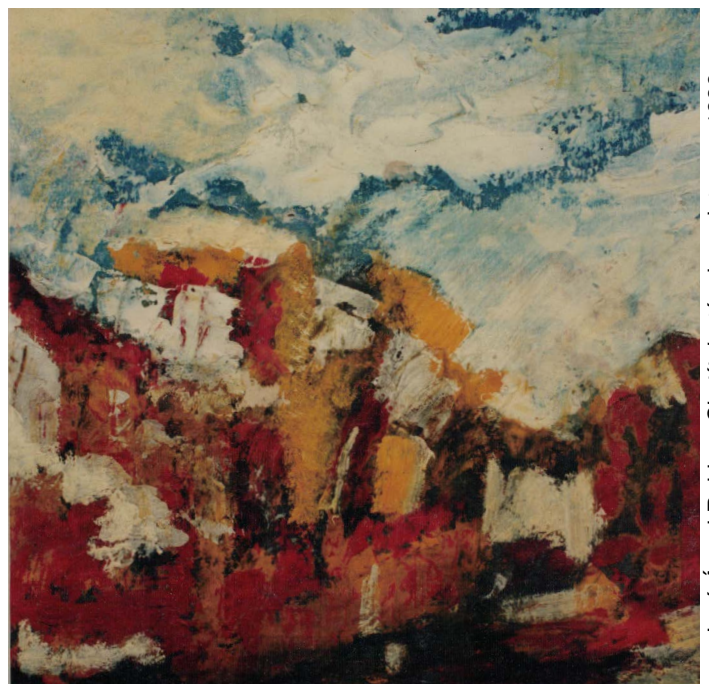
La ambición de celebridad literaria fue el principio de la depravación de aquel hombre que no era malo de nacimiento. Como no podía remontar el vuelo al nivel de los escritores morales de primer orden, había resuelto entreabrir el abismo de la iniquidad y precipitarse en él, a fin de reaparecer ataviado con las alas del genio del mal e inmortalizarse con la asfixia de toda virtud y la divinización pública de todos los vicios. No obstante, aún se advertían en él rasgos de cierta virtud, como la bondad. Aquel hombre se estremecía ante la idea de la muerte y sufría un síncope cuando veía sus canas (Pitou, citado por Apollinaire, 2007, p.17).

Este, fue creído un desjuiciado, un loco. Pero la descripción que encuentra Apollinaire (2007) en las notas históricas de un antiguo diputado de la Asamblea Legislativa Antoine Baudot es elocuente:

Este es el autor de varias obras de una monstruosa obscenidad y de una moral diabólica, era sin discusión, un hombre teóricamente perverso. Pero como en fin de cuentas no estaba loco, habría que juzgarlo por sus obras. Hay en ellos algunos gérmenes de depravación, pero no locura; semejante trabajo

supone un cerebro bien equilibrado. Pero la composición misma de sus obras exigió demasiada investigación en la literatura antigua y moderna y tuvo por finalidad, demostrar que las grandes depravaciones habían sido autorizadas por los griegos y los romanos. Este tipo de investigación no era moral, sin duda, pero necesitábase una razón y un razonamiento para ejecutarlo, necesitábase una razón justa para cumplir esa investigación, y él la puso en acción en forma de novelas, y estableció con hechos una especie de doctrina y sistema” (Baudot, citado por Apollinaire, 2007, p.21).

Pero hay una escena que no sorprende viniendo del dúo Sade-Pasolini, y es la última del filme: una pareja observada. La escena parte desde un gran plano que avanza poco a poco hacia la pareja pero dibujando oscuros que van siendo, en ese juego de contornos, unos binoculares. Pasolini de esa forma da lugar al mirón observando con ellos y en el colmo de la manipulación, como




José Ángel Robles, Sin título, técnica mixta, ca. 1989

el Duque y con la misma distancia prudente del voyeurista, desde su mullido sillón dando a la ventana, mira las máximas escenas de tortura. Pero no todos los espectadores lo han advertido. El cineasta ¡ha colocado esos binoculares a los asistentes! Convirtiéndolos, por la manipulación creativa de Pasolini, ¡en voyeuristas!

Para concluir, *Saló o los 120 días de Sodoma* de Pasolini, provoca. Pues parece empeñarse en mostrar en imágenes, por retomar las palabras a la manera de Ferrero (2014), “el animal que habita en nosotros”.

En el sitio web del periódico español *El País* a propósito del bicentenario de la muerte del marqués, Jesús Ferrero desarrolla a un Sade literario y digámoslo, agitador de las emociones y de las buenas conciencias. Dice Ferrero de Sade, “nadie ha llegado tan lejos en la exploración de la crueldad. Sade marca un límite demencial que nos sigue dejando estupefactos, a pesar de que llevamos ya un buen tiempo aceptándolo entre nosotros” (Ferrero, 2014). ¡Y Pasolini sabe traducirlo!

De este cineasta, impresiona que a pesar de su bien ganada celebridad haya sido asesinado a 30 minutos de Roma en una playa de Ostia y a raíz de su *Saló o los 120 días de Sodoma*.

No sobra mencionar por último, que la obra de Sade y el personaje mismo suelen ser objeto de un vasto interés psicoanalítico. 

Referencias

Rincón Pérez D.A. (2004). *Sade Ilustrado*. Fontamara.

Apollinaire, G. (2007). *El marqués de Sade*. Fontamara.

Ferrero, J. (2014). El animal que habita en nosotros. *El País*. https://elpais.com/cultura/2014/12/01/actualidad/1417440494_066383.html.

Años de plomo (Italia). (2022). *Wikipedia*. [https://es.wikipedia.org/wiki/Años_de_Plomo_\(Italia\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Años_de_Plomo_(Italia)).

Notas:

Este trabajo fue expuesto en la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí en el marco anual de actividades de La Semana de psicología en 2019.

Semblanza del autor

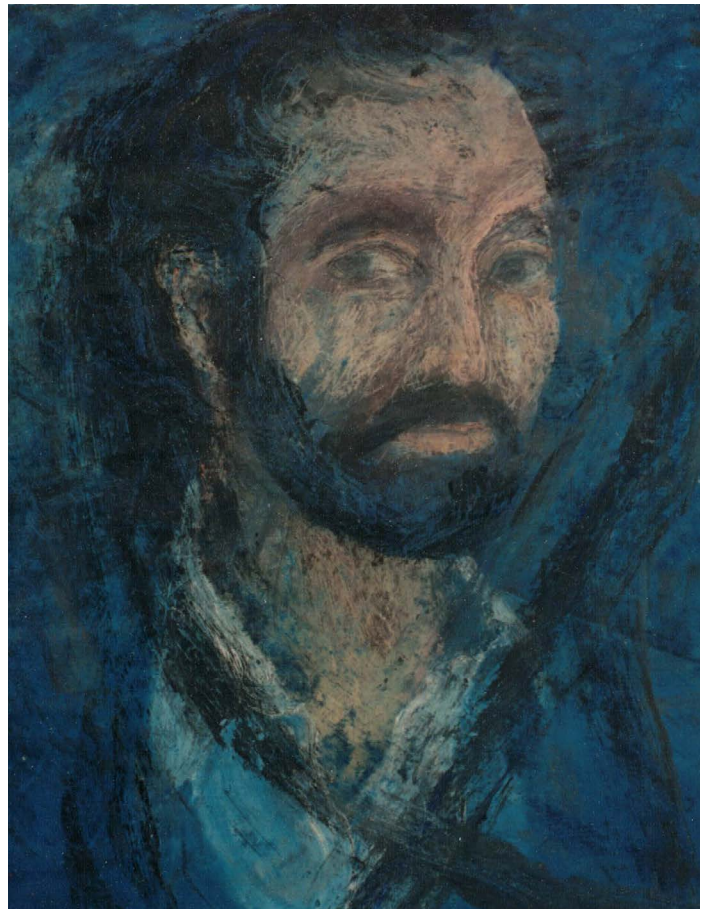
José Ángel Robles

José Ángel Robles nació en San Luis Potosí en 1954. Pintor, grabador y escultor, cursó una especialidad en pintura en la Academia de San Carlos en 1979, y grabado en el Instituto Potosino de Bellas Artes en 1980. De 1982 a 1985 estudió grabado y litografía en el Taller de la Llotja en Barcelona. Fue director del Centro de la Gráfica Contemporánea de San Luis Potosí de 1995 a 2010.

Su producción artística ha sido expuesta en múltiples exposiciones individuales y colectivas, destacándose *Luz Errante* (2015) en el Museo de Arte Contemporáneo de San Luis Potosí, *Oasis* (2012) en el Museo de Arte Contemporáneo Alfredo Zalce en Morelia, *Señas* (2006) en el Museo Francisco Goitia en Zacatecas, *Pinturas* (1948) en la Galería Tertre en Barcelona, *Tr3inta y s6is* (2021) en el Museo de Arte Contemporáneo de San Luis Potosí.

Su obra se encuentra en diversas colecciones nacionales e internacionales, como la Panstwowe Muzeum Na Majdanku en Lublin, Polonia; Museo D'Art Contemporain de Porreres en Mallorca, España, Museo de Arte de Queretaro; el Instituto Cultural Mexicano de San Diego en California, la Biblioteca del Colegio de San Luis, y el Centro de las Artes Centenario en San Luis, por nombrar algunas.

Su amplia trayectoria artística le ha valido ser merecedor de diversas distinciones como: Selección en la XVI Bienal de Pintura Rufino Tamayo en 2014, miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte en el periodo 2010-2013, Premio de Estampa en la XII Bienal Nacional Diego Rivera en 2006 entre otras.





**Círculo Revista de Psicoanálisis se terminó de editar el día
29 de julio del 2022 en San Luis Potosí, S.L.P., México**